Nuestras propias historias

# Relatos de terror II









# Relatos de terror

# II

**PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA**
Lenín Moreno Garcés

**MINISTRO DE EDUCACIÓN**
Milton Luna Tamayo

**VICEMINISTRO DE EDUCACIÓN**
Alfredo Astorga Bastidas

**VICEMINISTRO DE GESTIÓN EDUCATIVA**
Francisco Cevallos Tejada

**SUBSECRETARIO PARA LA INNOVACIÓN EDUCATIVA Y EL BUEN VIVIR**
Diego Paz Enríquez

**DIRECTORA NACIONAL DE MEJORAMIENTO PEDAGÓGICO (E)**
Laura Barba Miranda

**EQUIPO TÉCNICO**
**Coordinación editorial:** Verónica Vacas Andrade
**Consejo editorial:** Javier Calvopina Loaiza, Javier Saravia Tapia

**EDICIÓN, ILUSTRACIÓN, DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN**
Medios Públicos - EP

**IMPRESIÓN**
Medios Públicos - EP

**ISBN:** 978-9942-22-359-3



**Av. Amazonas N34-451 y Atahualpa Quito, Ecuador**

**www.educacion.gob.ec**



## Simbología

Categoría


Estudiante


Docente y personal administrativo


Grupo familiar

Región


Costa


Sierra


Amazonía


Insular

MINISTERIO DE EDUCACIÓN










***Promovemos la conciencia ambiental en la comunidad educativa.***

ADVERTENCIA
Un objetivo manifiesto del Ministerio de Educación es combatir el sexismo y la discriminación de género en la sociedad ecuatoriana y promover, a través del sistema educativo, la equidad entre mujeres y hombres. Para alcanzar este objetivo, promovemos el uso de un lenguaje que no reproduzca esquemas sexistas, y de conformidad con esta práctica preferimos emplear en nuestros documentos oficiales palabras neutras, tales como las personas (en lugar de los hombres) o el profesorado (en lugar de los profesores), etc. Sólo en los casos en que tales expresiones no existan, se usará la forma masculina como genérica para hacer referencia tanto a las personas del sexo femenino como masculino. Esta práctica comunicativa, que es recomendada por la Real Academia Española en su Diccionario Panhispánico de Dudas, obedece a dos razones: (a) en español es posible <referirse a colectivos mixtos a través del género gramatical masculino>, y (b) es preferible aplicar <la ley lingüística de la economía expresiva> para así evitar el abultamiento gráfico y la consiguiente ilegibilidad que ocurriría en el caso de utilizar expresiones como las y los, os/as y otras fórmulas que buscan visibilizar la presencia de ambos sexos.

# Presentación

Los libros de la colección "Nuestras propias historias" son resultado del concurso organizado por el Ministerio de Educación en el marco de la campaña nacional de lectura. Esta convocatoria invitó a la comunidad educativa a relatar anécdotas, recuerdos, leyendas, costumbres y tradiciones de sus familias, barrios, escuelas y más lugares. Permitió compartir los conocimientos y saberes de abuelos y abuelas a través de los relatos de las experiencias que han tenido a lo largo de su vida.

Hoy publicamos los trabajos ganadores e incluimos también una *Guía de mediación lectora* dirigida a docentes que servirá para el fomento de la lectura dentro y fuera de las aulas.

En los libros que tienen en sus manos encontrarán relatos fantásticos, de amor y de terror; leyendas y descripciones de cómo se viven las tradiciones de nuestro país y cuentos que transcurren en la comunidad, la familia o la escuela. Son narraciones que han sido contadas por nuestros abuelos, abuelas, madres, padres, hermanas, hermanos, estudiantes, docentes y más gente que trabaja en nuestras instituciones educativas.

Cada uno de los relatos que aquí se cuentan han sido compartidos desde la palabra oral y la escritura entre toda la comunidad educativa; al leerlos nos conoceremos y acercaremos como comunidad para aprender los unos de los otros valorando la diversidad de conocimientos.

Esperamos que disfruten de esta lectura y que también se animen a contarnos sus propias historias.

# Prólogo

La escritura de creación es un misterio. El momento en que alguien toma un bolígrafo y un papel, o está frente al teclado de un computador, se abren las puertas de algo insospechado; nadie sabe en realidad lo que puede ocurrir. La imaginación se pone en marcha, las imágenes nos hacen un cerco, los recuerdos nos caen como en una cascada para envolvernos. Estamos, en esos momentos, en un estado interno mental y emocional en pleno movimiento; una fuerza desconocida nos empuja para sacar a la luz algo que nos pertenece, que nos exige que lo dejemos salir a la claridad del día. Esa es la escritura de creación y la aventura de escribir.

Hay quienes, en un momento de su existencia –desde la adolescencia, en la época de las aulas escolares o más tarde–, eligen ese camino con un entusiasmo singular, movidos por una sensación interna que no puede ser descrita con facilidad. Lo único que saben es que se trata de un impulso que les lleva a escribir y crear un mundo que antes no existía ni en el papel ni en la pantalla. Ese es el misterio de la escritura.

Con esto no solo me refiero al trabajo que hacen los “escritores profesionales”, hombres y mujeres, que han creado literatura y publicado libros como parte del oficio constante que tienen en su vida. No. Me refiero a que la posibilidad y las ganas de escribir están guardadas en cada uno de nosotros. Para muchos, la lectura de libros es el gran estímulo para escribir también. Unos han leído poco, y otros están intentando introducirse en el mundo que describen los libros que están en sus manos. La literatura (los

cuentos, las novelas, las tradiciones y leyendas escritas) no solo está para ejercitar el razonamiento y comprender el contenido de las narraciones, sino también para sentir con nuestro corazón lo que otros nos cuentan; por ello a veces nos hacen reír, nos ponen contentos, hacen que se nos escapen unas lágrimas (o al menos se nos hace un nudo en la garganta), o nos dejan pensando un rato.

Siempre creí en las capacidades y las ganas de escribir que tienen las personas que forman parte de la comunidad educativa: estudiantes, docentes, y también madres y padres de familia. Solo necesitaban una oportunidad, un empujoncito.

Al inicio, cuando en el Ministerio de Educación se planteó esta propuesta, muchos dudaron que el programa "Nuestras propias historias" pudiera dar resultados cuantitativos altos. En un principio tal vez se lo veía como un proyecto un poco soñador, que pretendía convocar a un gran desafío a la comunidad educativa del país. Por ahí incluso escuché decir: "pero si la gente ni siquiera lee, va a ser muy difícil que se ponga a escribir".

Sin embargo, no ocurrió así. Esta propuesta ha revelado algo que va más allá de la estadística o del cuadro de alcance de metas cuantitativas. Esto es un resultado concreto en términos educativos y culturales. Al interior de la comunidad educativa, la cifra final de 3 729 participantes —entre estudiantes, docentes, personal administrativo, madres, padres, abuelas y abuelos de todo el Ecuador, en unas provincias más que en otras— nos reveló que las personas tienen interés por narrar lo que les ha sucedido, lo que han escuchado o lo que han inventado también. De este gran total, para la publicación se seleccionaron más de ochocientas narraciones que tratan una gran variedad de temas: artes, oficios, profesiones y pasatiempos; leyendas y tradiciones; realismo social; relatos de amor, de terror o fantásticos; o historias de la comunidad, la familia o la escuela.

Este programa de escritura y lectura —originado en el sistema educativo y que tuvo el total apoyo e impulso del ministro de Educación Fander Falconí, durante su gestión— aportará al reconocimiento de la historia, la cultura y la identidad de nuestros pueblos, y será una fuente de investigación importante para estudios académicos (antropológicos y sociológicos) sobre la cultura e historia local y regional, de la población urbana y rural de todo el país.

La amplia gama de narraciones publicadas en los libros que conforman esta colección representa el primer fondo editorial construido en el Ecuador por los propios miembros de la comunidad educativa, que se convierten en creadores, investigadores y difusores de la cultura local y regional. Cada historia aparece con la información de cada autor, lo cual afirma el reconocimiento concreto de su aporte personal a este programa educativo de escritura, lectura e investigación.

Esta gran colección de narraciones se encuentra distribuida en todo el sistema de bibliotecas educativas y comunitarias a nivel nacional. Su entrega a los centros educativos estuvo acompañada de una guía pedagógica que orienta, dentro del aula, el uso metodológico de estos libros, ahora considerados una fuente importante de lectura e investigación del país diverso que tenemos. Esta diversidad está presente en cada una de “Nuestras propias historias”.

**LUIS ZÚÑIGA**
Escritor y creador del Programa “Nuestras propias historias”.

# Índice




**IRALDA EDILMA HIDALGO**
nació en la Parroquia La Victoria, Guayas, en 1968. Actualmente se dedica a los quehaceres domésticos. Su hija Damaris Meliza Martínez estudia en la Unidad Educativa Zenón Véliz Viteri.

# El silbido

Un día, estaba haciendo tareas en la cocina de mi casa y me quedé hasta la madrugada trabajando. De repente, algo raro ocurrió; escuché el grito de un señor, no entendí lo que dijo, ¡pero me dio miedo! Pensé que, tal vez, era un borracho de la calle, así que lo ignoré y seguí haciendo mis deberes.

Pasó un rato y escuché un silbido aterrador a lo lejos, que entonaba una melodía que no había escuchado antes. La piel se me erizó y comencé a sudar frío; estaba muy nervioso. Me tranquilicé pensando que, quizás, los ruidos venían de afuera o



de la casa de mis vecinos. Pero lo escuché de nuevo y esta vez más cerca. Traté de no prestar atención, ya que no era la primera vez que pasaban cosas raras cerca de la casa.

El silbido se acercaba cada vez más… De pronto, se detuvo y sonó como que abrían la puerta de la casa, alguien subía las escaleras, eran pasos como los de un hombre que llevaba botas. Estaba alarmado, aterrorizado.

Pronto, regresó el silencio, pero escuché el silbido cerca de mi oído. Sentí una mano recargada sobre mi hombro; me paralicé del miedo y me quedé mudo en un instante. Cuando reaccioné, solo pude llamar a mi papá, que estaba en la biblioteca trabajando. Fue corriendo hacia la cocina y le conté lo que había pasado. Entonces, fuimos juntos a inspeccionar la puerta, que estaba abierta; mi papá la cerró, pero esto le llamó mucho la atención. Cuando íbamos subiendo las escaleras, vimos que en el escalón había una

huella extraña, como la de un animal. Mi papá asustado me pidió que fuera a la cocina, por mi seguridad. Él se quedó ahí para seguir inspeccionando el lugar, revisó toda la casa y no encontró nada.

Ya pasó mucho tiempo desde aquel momento y, aunque no he vuelto a escuchar el silbido, aún siento miedo cuando me quedo despierto hasta tarde. Ya no soy el mismo, porque la mano que tocó mi hombro dejó un recuerdo que me llena de angustia. Cada vez que volteo, siento que alguien está allí y, aunque sé que no es real, siento miedo.




**ESTEFANY GABRIELA NARANJO**
estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Fiscomisional Don Bosco.

# Detrás mío

Aquella tarde de 1968, la espesa hojarasca de los altos árboles empezaba a caer; poco antes de llegar al suelo, un fuerte y frío viento, proveniente de los elevados páramos, amenazaba con llevarse todo a su paso. Mariana, una joven de dieciséis años, recuerda cada detalle de esa tétrica tarde, en la que vio al ser más despreciable de este mundo.

Santa Isabel, ubicado en una gran loma empinada, era un pequeño pueblo, en donde todos sus habitantes se conocían a la perfección y se caracterizaban por ser muy trabajadores y atentos.

Mariana, junto a sus padres y sus siete hermanos, no era la excepción. Solían hacer todas las cosas colectivamente, ya sea en el campo, ayudando a su padre a sembrar y cultivar o a su madre, en los quehaceres del hogar. Eran la familia perfecta y, siempre que podían, ayudaban a quienes vivían en el pueblo.

Una fría y lluviosa noche de noviembre llegó con una desastrosa noticia. Mariana estaba en su cuarto realizando sus tareas de escuela, cuando su padre entró cuidadosamente. Ella cambió su gran sonrisa por una expresión de preocupación al ver la cara triste de su padre, ¡su madre había muerto! Todo a su alrededor inmediatamente perdió color y se tornó en un gran cuarto oscuro, en donde solo se sentía dolor y muerte…

Había pasado ya un año de la muerte de la mamá de Mariana y su padre notaba que la actitud dulce y tierna de aquella jovencita se había ido. Ella se había vuelto agresiva y triste; dejaron de importarle la escuela, sus hermanos y, en especial, su padre. Su único refugio era estar sola para romper en llanto cada vez que podía. Una tarde, decidió quedarse en casa para ocuparse de sus cosas. Eran cerca de las 3:00 p.m. y su padre le ordenó por las malas ir por una cesta de maíz al campo. Mariana sabía que, si no obedecía, recibiría un merecido castigo.

Enojada y hablando entre dientes, recogía el maíz. De repente, escuchó que alguien caminaba hacia ella y rápidamente se dio la vuelta, pero no vio a nadie. Siguió llenando la cesta y sintió que alguien respiraba sobre su hombro izquierdo. Con la esperanza de ver a su padre detrás de ella, volteó y se quedó paralizada cuando vio a un hombre alto correr entre el maizal. Tenía, en vez de piernas, la parte trasera de un caballo y dos grandes cuernos, que salían de los extremos de su cabeza.

Mariana trató de gritar, pero no pudo. Vio que había dejado sus huellas, las huellas que dejan los caballos con sus cascos. Su



reacción fue correr hacia donde estaba su padre. Él estaba sentado en su sillón favorito, leyendo el mismo viejo periódico de siempre. Alzó su mirada desgastada por los años y supo de inmediato que algo le había ocurrido a Mariana y ella se lo contó todo.

Mariana nunca contó a nadie más lo que le había pasado. Sabía que nadie le creería y sería conocida como la loca que perdió a su madre y que inventó una historia solo para llamar la atención. Actualmente, Mariana vive con su padre, lo cuida y lo ayuda en cualquier cosa que necesite.




**YULEXY DEL CISNE ROMERO**
nació en El Guabo, El Oro, en 2002. Estudia en primer año de Bachillerato del Colegio de Bachillerato Juan Montalvo. Su actividad favorita es leer.

# Huellas de sangre

Una mañana, me levanté, me duché, desayuné y me cambié para ir a trabajar. Se preguntarán cuál es mi trabajo. Pues soy detective y mi nombre es Óscar. Era un día normal y Emily, mi compañera, estaba preparando el café. Joshua y yo habíamos estado investigando acerca de un juego macabro, del que hace mucho tiempo que no se escuchaba. Claro que a las personas no les interesa saber sobre jóvenes que no tienen nada más que hacer que aquellos "jueguitos para niños".

Ese día regresé a mi casa, sin encontrar nada nuevo. Decidí seguir investigando por mi propia cuenta, pero no había nada.

Eran ya las 12:00 y estaba muy frustrado. De pronto, encontré un sitio web que llamó mi atención. La peor estupidez que he cometido fue empezar a navegar allí. Hallé artículos sobre asesinatos, videos de gente suicidándose e imágenes de gente ensangrentada. De tantas cosas bizarras, un video saltó a mi vista. En él aparecía una persona a la que no se le podía distinguir el rostro; al parecer, estaba escondida en un armario. Estaba todo oscuro y solo se podía escuchar que pedía ayuda, se escondía de algo. Se escuchaba que tocaban la puerta y esa persona no dejaba de susurrar pidiendo ayuda. De repente, sonaba el chirrido de la puerta abriéndose y una voz que decía: "¿Estás aquí?". El video se cortaba justo ahí, pero parecía que tenía una segunda parte. Me levanté extrañado y fui a la cocina; tomé un poco de agua y volví para ver la continuación. Me encontré con que el sitio web ya no estaba, revisé mi historial, mas no encontré nada… Vi la hora y eran las 7:00 a.m.

Cuando llegué a trabajar, le conté lo sucedido a Emily: "Debe haber sido un error de conexión", dijo ella. Cuando se lo conté a Joshua, su reacción fue diferente: "¿Me hablas en serio? ¿Cómo es posible que sepas lo que le pasó al hijo de mis vecinos?". Él estaba horrorizado y yo también.

Sonó el teléfono y Emily fue a contestar… Nos dijo que era la Policía y que tenía algo para nosotros. Fuimos al lugar de los hechos y ahí estaba el cuerpo de un joven. Emily vomitó… La piel del chico había sido rasgada y había carne de su cuerpo por la habitación. Finalmente, lo habían estrangulado. Joshua se quedó hablando con el oficial y yo examiné la escena. En el baño, estaba el celular de la víctima; había un mensaje de texto de un número desconocido, que decía: "Perdiste".

Regresamos a la estación y yo me sentía muy mal, así que me disculpé con mis compañeros y me fui a casa. Antes de dormir,

cogí mi computador y empecé a buscar la página web, me sentía obsesionado con el sitio. Eran ya las 11:59 p.m., lo que quería decir que había pasado cuatro horas buscando algo y no sabía qué. De repente, la página estaba disponible nuevamente. Eran las 12:00 a.m., entonces deduje que la página se desbloqueaba a esa hora. Cuando ingresé, vi las imágenes; pude reconocer a la víctima de la escena del crimen que estábamos investigando. Pude ver un video, en él se mostraba una foto acompañada con un fondo de gritos y llantos. Era tan grotesco que intenté salir de la página, pero no pude. Inmediatamente, apareció otra filmación que mostraba la silueta de una chica con la cabeza abajo; a medida que levantaba la cabeza, la imagen hacía un zoom y, cuando acabó de levantarla, escuché un grito muy fuerte y una voz que decía: "Tu curiosidad costará una vida". Mi computador se quemó, ya no encendía. Cuando vi la hora, eran las 7:00 a.m.

Fui rápidamente a la estación, para hablar con mis compañeros. Sin embargo, ese día Emily no fue a trabajar.

—¿Por qué Emily no vino hoy? —pregunté preocupado.

—No lo sé, ella nunca falta. Pienso que le pasó algo, porque no contesta su teléfono y sus padres no saben nada de ella —dijo Joshua muy consternado.

—Oye, no crees que estás exagerando. Solo faltó hoy, no tenemos por qué pensar que algo malo sucedió… —intenté tranquilizarlo.

—Tienes razón.

Estábamos muy inquietos y, de pronto, recibí un mensaje de texto que decía que Emily estaba muerta y mostraba una foto. Grité: "¡Es ella!, Joshua, ¡es ella!". No lo podía creer. Me di cuenta de que estaba solo en la estación, no entendía qué estaba pasando, hacía un segundo Joshua estaba a mi lado. Recorrí toda la estación, pero



no estaba, era como si la tierra se lo hubiera tragado. Desesperado, volví a mi casa. A las 12:00, ingresé a la página web y había un enlace con indicaciones para un juego. Me mostraba una nota que decía que, si quería encontrar las respuestas a mis preguntas, debía ganar o morir. Ese fue el inicio de todo.

Los pasos del juego eran muy simples. Tenía que tener dos celulares, encender las luces en dos habitaciones separadas y empezar a llamar. Dispuesto a arriesgarlo todo, comencé a jugar. Coloqué un celular en el sótano y el otro me lo llevé, encendí las luces de las dos habitaciones y comencé a llamar. Sinceramente, me sentía como un idiota. Pero, justo cuando iba a colgar, escuché que contestaron el teléfono:

—Hola —dijo una voz gruesa.

Mi corazón comenzó a latir muy fuerte, pero tenía que mantener la calma:

—Hola —respondí.

—¿Cómo te llamas?

—Mi nombre… es Óscar —me costó responder, mi corazón latía muy fuerte y mi boca temblaba.

—¿Cuál es tu peor pesadilla?

Mi respiración se cortó, mi cabeza se quedó en blanco y no sabía qué decir:

—Pues, perder todo lo que tengo —respondí.

—¿Dónde estás?

Yo estaba temblando, sentí un escalofrío que recorría todo mi cuerpo y no sabía con qué estaba jugando, tenía mucho miedo; entonces, dije:

—Si quieres saberlo, tendrás que encontrarme.

Apagué la luz de mi habitación y me escondí en el armario. Empecé a escuchar pasos por toda la casa: “Maldita la hora en que hice esto”, pensé. Las puertas se abrían y se cerraban, las cosas caían al suelo y podía sentir su presencia. De pronto, escuché: “¿Estás aquí?”. Estaba demasiado asustado, mi respiración iba en aumento y lo único que quería era salir de ahí. Comenzó a buscar en la habitación y cada vez estaba más cerca de encontrarme. Escuché cómo sus pasos se detenían justo delante del armario. Preguntó de nuevo: “¿Estás aquí?”.

De inmediato, se escuchó cómo se cerraba la puerta. Lentamente, salí de mi escondite y cogí el teléfono. Escuché: “Me tengo que ir”. Colgó el celular y llegó un mensaje: “Selecciona tu recompensa: amor, suerte, visión del futuro o lo que más quieres”. No seleccioné ninguna, no quería caer en su juego.

Al día siguiente, en la estación, encontré por fin a Joshua. Le conté todo y él me sugirió hablar con nuestro jefe. Él no quería

creerme y yo desesperado grité enfurecido: "¡No se da cuenta de que es verdad, pregúntele a Joshua, él también sabe de lo que hablo!". El jefe de investigaciones se levantó, me miró con desconfianza y dijo: "Son puras estupideces". Dos compañeros me agarraron de los brazos y empezaron a forzarme a salir. "¡Joshua, ayúdame, haz algo!", grité, pero él solo se quedó parado.

Me llevaron al psiquiatra y me dijeron que habían sido alucinaciones. Los doctores me dijeron que, en el trabajo, nadie conocía a Joshua y me convencieron de que Emily se suicidó. Me internaron en un centro de salud mental, al parecer él sabía que tarde o temprano caería en su juego. Y aquí estoy, tratando de entender cómo me dejé manipular tan fácil, porque hay alguien afuera de mi ventana acechándome desde las sombras y preguntándome: "¿Estás aquí?".




**MELANIE ALEJANDRA NAVARRETE**
nació en Quito, Pichincha, en 1999. Actualmente es estudiante. Su madre Patricia Acuña estudia en el Colegio Experimental Juan Montalvo.

# Palo santo



—Oye...

—Mmm...

—¡Oye!

—¡Qué!

—¿Qué es eso?

—¿Qué cosa?

—Eso que huele

—Palo santo.



—Aaa… ¿y eso?

—Aammm… palo santo.

Cuando Zipri tenía cinco años, ya sabía hablar extraordinariamente bien, jugar ajedrez, y hasta leer y escribir, pero lo más sorprendente era su modo de entender la vida.

Tenía como una especie de ángel que habitaba en su interior. Para que me entiendan: un día, muy temprano —no recuerdo la hora—, mientras caminábamos a casa de doña Gioco, por una calle metida de la Tola, como por acto de magia apareció frente a nosotros un tipo. Estaba lleno de heridas, le sangraba la frente, tenía la ropa sucia y parecía muy perdido en un mundo distante. Era de esos que mi tía Cecilia denominaba "finos", pero en este caso era "finísimo". El hombre nos amedrentó con una botella rota y ya manchada de sangre. Yo me petrifiqué, pero Zipri no, creo que porque no entendía que era un robo a mano armada. Lo que

hizo fue abalanzarse sobre los pies del agresor (por su estatura), abrazar sus piernas, y depositar en su zapato el vuelto del pan; entonces, así como había aparecido, el delincuente desapareció. Claro que nos cayó mal dar el vuelto, ya que me quedé sin colación por tres días, y a esto se sumó la altanería, grosería y vozarrón de doña Gioco.

La casa de doña Gioco, adonde fuimos de visita (una visita que duró como seis meses), era oscura y antigua, sobre todo nuestro cuarto, donde, por vacía que estuviera la casa, siempre se oían pasos, ataques de tos o susurros. A cualquier persona, lo que acabo de decir le erizaría los vellos, pero para mí las cosas paranormales eran, por así decirlo, normales.

Cuando era pequeño, antes de que Zipri naciera, mi tía Carlota me dio flores y me pidió que fuera al cementerio del Tejar a visitar a Rocío Grijalva, mi abuela. Llegando al cementerio, una viejecita me dijo que se llamaba Rocío Grijalva, sabía mi nombre, el de mi mamá y el de mis tías. No la conocía pero me inspiraba confianza, así que paseamos por la zona, conversando de todo y a la vez de nada. No entendía por qué todos nos miraban raro, pero no me importó. Jamás conocí la casa de mi abuela y tampoco la vi irse, así que cuando bajé a almorzar con mi tía y le conté todo lo que había hecho con mi abuela, pensó que estaba bromeando, hasta que se dio cuenta de que yo no mentía. Me pidió que la describiera y, al acertar con tantos detalles, me lanzó su bolso y me gritó muy fuerte. Después, de camino a casa, ya más tranquila, aunque todavía asustada, me dijo: "Leo… mamá Rocío murió hace veinte años". Fue ahí cuando supe lo que es un fantasma, ente o como se llame. Obviamente jamás se lo dije a Zipri, ya que él también la veía.

El olor a palo santo le ayudaba a Zipri a ubicarse temporalmente: lo relacionaba con Navidad, que era cuando mamá aparecía. Si a alguien se le ocurría quemar palo santo en una fecha diferente, como

en Semana Santa, cuando los vendedores de ramos se amontonaban en las calles, Zipri detectaba el olor y gritaba lleno de euforia: ¡Navidad! ¡Navidad! ¡Ya debe venir mi mamá! ¡Mamiiiii! ¡Navidad! Siempre me dolió entristecerlo con la verdad, fuera cual fuera.

El día de Navidad, en cada esquina de la Rocafuerte se quemaba palo santo y sahumerio; todas las tiendas de dulces, de figuras religiosas, las mercerías y las puertas de calle se abrían; mientras se oían villancicos, la aglomeración de personas se movilizaba junto con los vendedores ambulantes; en resumen, existía vida. Ese es uno de los primeros recuerdos que guardo, sumado a la sonrisa sempiterna de Zipri. Cuando entrábamos a la casa de mi tía Cecilia había todo un bullicio, pues toda nuestra familia estaba en una pequeña sala antigua; éramos felices. Los niños jugábamos, los adultos bailaban, reían, tomaban y fumaban, y a la hora de la cena rezábamos y comíamos como solo se come una vez al año. Era una escena conmovedora: ver a toda una familia reunida sin preocupaciones. A media noche todos lloraban; yo no lo entendía pero Zipri sí, decía que era felicidad.

Bueno, para Zipri todo era felicidad. Si hacías algo era porque querías ser feliz, y si no lo hacías era porque ya lo eras. Esa era su forma de ver la vida, pero como los demás no lo entendían, lo trataban de tonto, aunque sé que ahora se están retractando. Zipri era muy inteligente. Si le formulabas cualquier pregunta, siempre te contestaba: "por felicidad".

—Mijo, ¿por qué lloras?

—Por felicidad, doña Chana.

A pesar de que nuestra infancia fue bastante triste, Zipri siempre se mostró optimista, aunque no fuera feliz. Creo que la vida que teníamos era la razón por la cual Zipri y yo diferenciábamos exactamente las emociones humanas, sabíamos perfectamente lo

que es la felicidad y lo que es la tristeza de verdad. La Navidad era una razón de felicidad tanto para Zipri como para mí. Para él, solo percibir el olor a palo santo era sinónimo de felicidad. Imagínense cuando veía llegar a mi mamá: lloraba de alegría, era lo único que le importaba. Claro, yo era un poco más materialista, pero teníamos visión de infantes, tan inocente que las cosas malas eran casi invisibles, aunque estuvieran frente a nuestros ojos. Jamás se irá de mi memoria el momento en que me di cuenta de cómo es la realidad, pero Zipri jamás tendrá el mismo recuerdo, ya sea porque él siempre vio la vida de una manera más afable o porque no vivió lo que yo… en fin, la verdad es relativa.

La única Navidad que pasé triste fue cuando el ángel que Zipri llevaba consigo se aburrió de este mundo y se fue, llevándose a Zipri con él. No existía otra exégesis; se murió la mañana de Navidad, así como así. Entonces, inexplicablemente, sus juguetes, el tablero de ajedrez, los libros con los que aprendió a leer, los lápices, su ropa, la habitación donde Zipri vivió la mayoría de su corta vida, el cuarto oscuro de la casa de doña Gioco y mi mano (porque siempre caminábamos juntos, adonde fuera), despidieron el olor que siempre alegraba a Zipri. Incluso a los treinta años de su muerte, aún se percibe el memorable olor a palo santo.

Al día siguiente, mamá y yo lo enterramos al lado de la tumba de Rocío Grijalva. Cuando paso por ahí, a veces los veo y me saludan. A Zipri le siguen gustando la Navidad, los pristiños y el olor a palo santo. Pero, como ya he mencionado, para mí las cosas paranormales son, por así decirlo, normales.

**CHRISTOPHER DANIEL PAREDES** nació en Ibarra, Imbabura, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Hermano Miguel La Salle-Atuntaqui. Sus actividades favoritas son leer y dibujar.

**MARCOS ALEXANDER SUÁREZ** nació en Atuntaqui, Imbabura, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Hermano Miguel La Salle-Atuntaqui. Sus actividades favoritas son leer y practicar fútbol.

# El niño del colegio

Cuando éramos muy pequeños y estábamos apenas en tercer grado de básica, la escuela organizó los juegos internos de fútbol y básquet; en las mañanas jugábamos los niños y en las noches, los padres de familia. Como hijos, fue espectacular ver jugar a nuestros papás. El partido del que salimos victoriosos, con un marcador de 5 a 1, nos motivó a ir todas las noches a hacer barras a nuestros papás, porque nadie quería quedarse en casa aburrido, sin hacer nada.

La mejor parte de las veladas era que, a ratos, entre todos los compañeros jugábamos a la pelota, a las escondidas o contábamos

historias de terror, que trataban de fantasmas o muertos. Entonces, todo se volvía muy miedoso, porque parecía que los cuentos se hacían realidad.

Al tercer día de campeonato, todos llegamos con miedo a clases, pero no por las historias de terror, sino por el partido que nos tocaba jugar. Debíamos enfrentarnos contra un equipo de niños que eran de un grado más alto y eran más grandes que nosotros. El juego fue muy intenso y, al final, nos llevamos una gran decepción: habíamos perdido 3-2. Toda aquella mañana estuvimos tristes, pero también estábamos entusiasmados porque teníamos la idea de que esa noche nuestros padres iban a ganar. Lo que no sabíamos era que esa noche sería la más tenebrosa de nuestra infancia.

Durante los juegos, todo parecía normal y nosotros estábamos en el patio jugando un partido, pero un compañero pateo muy duro el balón y lo mandó a la capilla. Todo estaba muy oscuro y teníamos miedo de ir a traer la pelota, pero nos arriesgamos y subimos todos juntos por las gradas. Una vez arriba, escuchamos un sonido raro y pensamos que alguien nos quería espantar o simplemente era alguien que pasaba por allí. De todas maneras, salimos corriendo.

Ya abajo, nos acordamos del balón, entonces, luego de un rato, decidimos ir otra vez. Subimos lentamente y muy sigilosos, para poder correr apenas creyéramos necesario. Todo estaba en un profundo silencio y encontramos la pelota, pero más allá notamos una pequeña luz blanca, como si alguien nos estuviera observando… Reaccionamos de nuevo y unos salieron corriendo, pero algunos con agallas nos quedamos. Vimos que era un niño que nos observaba y, cuando miramos al piso, nos dimos cuenta que estaba flotando y nos llamaba hacia él. Parecía que se acercaba poco a poco, entonces, corrimos muy deprisa y, en unos segundos, ya estábamos abajo como si hubiésemos volado.



Después de conversar entre todos, sentimos mucha curiosidad y queríamos volver a verlo, así que subimos, pero no lo encontramos. Caminamos por todo el pasillo y, cuando estábamos a punto de bajar, por el otro lado, escuchamos una voz que parecía decir: "esperen". Estábamos en *shock* y, al voltear, ¡allí estaba!, vestido de blanco y flotando… De pronto, desapareció.

Al día siguiente, estábamos muy impactados por lo sucedido y decidimos contárselo a nuestro profesor. Él nos contó una historia que había pasado hace años. Todos los lunes, dos curas enseñaban a los estudiantes cómo hacer las formaciones y, para que todos se formaran, alguien debía tocar la campana que se encontraba en el segundo piso, al lado de la capilla. Una mañana, un hermano le pidió a un voluntario hacer sonar la campana; al momento de tocarla, se resbaló y cayó. El niño murió y, en su honor, hicieron una pequeña tumba allí. Se dice que su espíritu sigue rondando

la escuela y varios profesores aseguran haber visto al niño, que asoma para hacer travesuras y molestar a quienes están en ese edificio antiguo solos…

**SHIRLEY SALAZAR** nació en Tala, Tena, en 2000. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Presidente Tamayo. Su actividad favorita es leer.

# El olor del diablo

Bueno, yo voy a contar la historia de mis hermanas Jesenia, que tenía seis meses, y Karina, de cuatro años. Un día mis papás tuvieron que salir de casa para cargar palos, entonces, Karina se quedó a cargo de la bebé. Mientras Jesenia dormía, ella se puso a jugar con mis primos, pero hicieron mucha bulla y la bebé comenzó a llorar. Mi hermana intentó calmarla, pero no pudo y no sabía qué hacer. Entre lágrimas, fue a buscar a mi mamá para avisarle que la niña estaba llorando mucho. Mi mamá salió corriendo desesperada hacia la casa; pero,



cuando llegó, Jesenia ya no estaba en la hamaca donde la había dejado Karina.

Desconsolada, se puso a llorar y fue a buscar ayuda donde mi tío. Él tomó yagé[1] y pudo ver que el diablo se estaba llevando a la bebé. Entonces, reunió a la familia y dijo que, para que el demonio soltara a Jesenia, debían lanzar palos y disparar con las escopetas al aire. Después de hacerlo, mi mamá fue al lugar donde habían cargado los palos y encontró a la niña en medio de los troncos. Con mucha alegría, la llevó a casa, pero Jesenia no paraba de llorar; gritaba y pataleaba como si alguien la fuera a comer. Mamá la llevó al brujo para que la curara y él reveló que el diablo quería llevarse a la bebé de nuevo, lo sabía porque aún tenía el olor del diablo. Por suerte, logró curarla.

---

1 El yagé o ayahuasca es una bebida tradicional indígena, que utilizan los chamanes de los pueblos amazónicos y andinos de Sudamérica durante ritos religiosos.

Pasó el tiempo, y cuando Jesenia tenía once años y Karina quince, a ellas les gustaba ir al río a bañarse. Pero siempre que bajaban, al regresar, encontraban pescado en la canoa. Entonces, decidieron avisarle a mamá sobre lo que sucedía y ella se asustó mucho, porque temía que volviera a ocurrir lo que sucedió cuando ellas eran niñas. Decidió llamar al brujo y él nuevamente dijo que era una señal de que el diablo quería llevarse a Jesenia.

Mis padres, entonces, decidieron venir a vivir a El Coca. Todo regresó a la normalidad y mis hermanas no quieren volver a vivir ese pánico escalofriante de aquellos tiempos.




**CARLOS YAUTIBUG**
nació en Columbe-La Merced, Chimborazo, en 1964. Trabaja en la Unidad Educativa Oswaldo Guayasamín. Su actividad favorita es la lectura.

# Ayamanta ñawparimay

*Kawsaypi kuyashunchik, wañushka kipaka,*
*mashnata wakakpipash mana tikrank.*

Shuk warmimi paypa kusa wañukpika tukuy chishikunaka wakashpalla kawsakkashka. Shinami, shuk chishika, ña tutayamukpika kutin hamayta wakaywan wakaywanmi ñuñu “arroz” mikunata



yanukushka nin; shina yanukukpika, ñapash wasi punkupika paypa kusashina, ayaka rikuriskallami. Chayta rikushpaka warmika achkata mancharishpa ña mana wakashkachu. Chay ayaka warmitaka shinami nishka:”warmiku ama wakaychu kampa kuska ñami kaypi kani, utka yanupay, ñukatami yarikan”.

Shina nikta uyashpaka, warmika utka, utkami yanushpa kusamanka karashka, kusaka kimsa kutinmi mikushpaka ninirak nishkami, shinanikta uyashpaka, warmika rimarishkami: ”ñukapa kusaka watata mana mikushka kashpamari achkata mikun”nishkami; shina nishpaka ninata hapichispa rikukpika kusapak kunkaka walakllami kashka nin, mikushkapash pampallapimi hicharishka nin.

Chayta rikushpaka, warmika hamayta mancharishpami rimarishka: “kayka imatak ñukapa kusaka kankayari, kayka ayallami” nishkami. Chaypak washaka, warmika imashina mana

kanllaman llukshitukushpaka, shuk yantata paypak chankalliwan llullu wawata shina maytushpaka nishkallami: kusaku, wawata charipay, ñuka kanllapi ishpamunkakama, shina nikpika, ayaka arilla wawataka hapishkallami, shinami warmika kanllaman llukshishpaka shuk yuraman llukshishka; ayaka warmi manatak tikrakpika, llullu wawa shinami wakay kallarishka.

Shina wakakpipash warmika manatak tikrashkachu, mana tikrakpika, ayaka kanllaman llukshipami warmi yura hawapi tiyakukta rikushpaka, ushupa hasha tulluta hapishpami yurataka waktay kallarishka, shina rimarishpa "ñallami yurataka urmachikrini, ñallatakmi urmachikrini", chayta uyashpaka, warmika hamaytami mancharishka. Shina takakukpika, ñapash pakarimuywanka shuk hari atallpaka wakashkallami, "kikirikiii…" Nishpa, chayta uyashpaka, ayaka may hamaytami tulluta shitashpa chinkarishpa rishka.

Kayantik tutamantaka, ña achikyamukpika, warmika yuramanta uriyashpami rikushka, yuraka ashallami chukriyashka, kutin, hasha tullupash pichillami wayllalla kashka nin.

# Cuento del fantasma

*Si queremos amar, amemos en la vida,*
*para no vivir llorando después de la muerte.*

Dicen que una mujer, cuando murió su esposo, pasaba solo llorando. Una tarde, como a las siete de la noche, estaba cocinando un arrocito con leche y se puso a llorar

desconsoladamente. De repente, se asomó en la puerta de su casa un hombre parecido a su esposo, que le dijo lo siguiente: "Mujer, ¿por qué lloras tanto? Ya estoy aquí, soy tu esposo, deja de llorar, apura cocinando que me estoy muriendo de hambre".

Al escuchar esas palabras, la mujer apurada terminó de cocinar y empezó a servir la comida para su esposo. Él, casi inmediatamente, le devolvió el plato diciendo: "Quiero más comida". Ella le dio otro plato y nuevamente él dijo: "Quiero más". Y así sucesivamente. Comió hasta que, lamentablemente, se terminó la comida de la olla. Ante esta situación, la mujer pensó y se preguntó a sí misma: "¿Por qué será que mi marido come tanto? ¿Será porque no ha comido durante tanto tiempo?". Asustada, prendió la candela para ver si era su esposo o no. Cuando vio su cara, era una calavera y toda la comida se había regado en su pecho y el piso.

Viendo esta realidad, la mujer dijo: "Este qué va a ser mi esposo, creo que es un fantasma". La mujer, para poder escapar, cogió una leña de la cocina y la envolvió con una bayeta, para hacer como que fuera un bebé. Entonces, le dijo al hombre: "Querido esposo, ten un ratito al bebé hasta yo volver del baño". El hombre se quedó amarcando al bebé y la mujer salió tratando de escapar del fantasma. Como los vecinos vivían muy lejos, se subió a un árbol de capulí que estaba al lado de la casa. En vista de que la mujer no regresaba, el hombre empezó a llorar como si fuera un niño, pero ella no regresaba. Él botó la madera al piso y salió en busca de la mujer. La encontró sentada sobre el árbol; entonces, cogió el hueso de la quijada de un burro muerto y empezó a golpear el tronco para tumbarlo, mientras decía lo siguiente: "Ya mismo tumbo el árbol, ya mismo". Frente a estas palabras, la mujer empezó a llorar. Así, como a las dos de la mañana, un gallo cantó y el fantasma, al escucharlo, dejó el hueso y se fue corriendo lejos. Cuando amaneció, la mujer bajó del árbol y vio que estaba apenas lastimado un poquito y el hueso estaba verde.




**OLGA MILENA URBANO**
nació en Guayaquil, Guayas, en 2002. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Sociedad, Educación y Renovación. Su actividad favorita es leer.

# Las criaturas del más allá

Estaba escribiendo lentamente en la máquina. Entre paredes, un envolvente aire que entraba desde la ventana y el chillido que hacía la puerta al abrirse y cerrarse eran lo único que me acompañaba. Eran exactamente las 7:26 de la noche. Yo redactaba un ensayo que tenía que presentar el día siguiente en mi trabajo, dependía de él para asegurar mi puesto. En la oscuridad de mi habitación, meditaba sobre cada palabra del escrito. De pronto, a lo lejos, se

escuchó un estremecedor grito que me dejó desconcertado; sentí un aire helado que recorría cada centímetro de mi cuerpo y me provocaba un extraño cosquilleo. Me levanté y miré fijamente por la ventana, me acerqué en búsqueda de algo que en realidad no sabía qué era.

Cuando reaccioné, regresé para seguir en mi ensayo, pero sentía que alguien me miraba, me vigilaba… Me detuve por un momento y recordé el espeluznante grito. De repente, entró un viento arrasador a mi habitación, corrí a cerrar la ventana, pero el viento era tan potente que a duras penas lo logro. La habitación parecía un botadero, todas las hojas quedaron tiradas y revueltas en el suelo. Mi angustia creció, porque no podía perder tiempo, necesitaba acabar mi trabajo.

Eran exactamente las 10:34 p.m. —el tiempo se fue volando, como las hojas que debía ordenar—, suspiré y caminé algo nervioso. De pronto, frente a mí, volaba una mariposa, que al parecer había entrado con el viento y revoloteaba por toda la habitación sin orientación. Yo no alcanzaba a verla completamente, pero parecía que quería salir, aunque yo no quería volver a abrir la ventana.

Decidí sentarme de nuevo y terminar lo poco que me faltaba del escrito. Todo estaba muy silencioso y el canto de la noche me llamaba a descansar. Decidí arrullarme en la cama, pero el revoloteo de la mariposa no me dejaba conciliar el sueño. Entonces, abrí un poco la ventana con la intención de que la mariposa se fuera, y pronto dejé de escucharla, así que asumí que ya no estaba.

Eran exactamente las 11:43 de la noche, el cansancio no me dejaba tener ya los ojos abiertos y mi cuerpo gritaba “descanso”, al igual que mi mente, pero debía ir al baño. Al encender la luz, la vi enorme en toda la puerta, era negra, totalmente negra y grande. Mis ojos se sobresaltaron, mi cuerpo se estremeció y quedé



paralizado, no sabía qué hacer. Entonces, recordé aquellos cuentos que contaba mi abuela sobre la mariposa negra que se presentaba en las casas, sus palabras daban vueltas en mi cabeza: “Si ves una mariposa negra pegada en una de las puertas de tu casa, la muerte viene por ti”. Mis piernas temblorosas retrocedieron hasta el cuarto y no despegué la vista de la mariposa. Me encerré, porque era lo único que podía hacer, y me acosté con la luz encendida. Mi mente jugaba conmigo, pasaban una y otra vez cada momento, cada hecho, cada imagen… Solo es una mariposa, me dije. ¿Cuál es el miedo? Me levanté y, tratando de ser fuerte, apagué la luz para poder descansar. Me arrullé y cerré los ojos.

Eran exactamente las 12:42 de la noche. Ya me sentía tranquilo y, al parecer, el sueño era mi consuelo. Pero extraños golpes irrumpieron mi descanso, intenté no darles importancia, pero seguían. Abrí lentamente mis ojos y pude ver extrañas manchas

oscuras en la pared; mi desconcierto era evidente. Giré la cabeza y vi cómo extrañas sombras golpeaban la ventana y se movían lentamente. Me levanté y pude ver lo que en realidad eran aquellas manchas, aquellas sombras… Entré en pánico, me faltaba la respiración, eran mariposas. Entraban cada vez más a la habitación y yo me sentía enjaulado, preso en plena oscuridad. Volvió aquel viento arrasador y las enloqueció, su revoloteo era estremecedor; entonces, sentí claramente cómo me rodeaban, condenándome a una gran angustia. Se acercaban y volaban cerca de mí, se colgaban de mí, me atrapaban… Mi cuerpo eran ellas, me apresaron, se apoderaron de mi ser. El agonizante dolor que sentí era inexplicable y lo único que pude hacer fue gritar y gritar. Me vi, pude ver lo que me estaba sucediendo; solo ahí me di cuenta de que mi vida había terminado, sufrí cada segundo de mi agonizante adiós. Vi cómo mi cadáver reposaba en el suelo en posición fetal, devorado por las oscuras mariposas del más allá.

Dejé varios escritos sobre lo sucedido, que al día siguiente encontró un familiar. Ahora soy uno de sus prisioneros y las acompaño en los llamados de la tenebrosa y oscura noche.




**DANIELA GARCÍA**
nació en Cuenca, Azuay, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Herlinda Toral. Su actividad favorita es conocer diversas culturas e ideologías.

# La casa de al lado

Con el sol en su último punto del día, estábamos reunidos en la casa de mis abuelos. La polvorienta y rudimentaria sala tenía muchas plantas, que cubrían todo el perímetro. Un primo mío tenía alergia al polvo. ¡Achís! Sonaba cada cierto tiempo en la espaciosa sala. Mi primo impertinente preguntó:

—¿Por qué las macetas están amarradas a las paredes?

Y todos guardaron silencio, un silencio de complicidad, un silencio escalofriante.

—Voy a contarles una historia muy peculiar —dijo mi abuelo.

—¿Estás seguro? —preguntó un tío con cierta cautela.

—Lo van a disfrutar Gonzalo —y con esas palabras hizo entender que contaría la misteriosa historia. Mi tío se quedó mirando al vacío, quizá, recordando un pasado que prefería no recordar.

Hace mucho tiempo, cuando sus paredes estaban en excelente estado, compramos esta casa. Tu abuela y yo queríamos un lugar espacioso y esta casa esquinera cumplió con nuestras expectativas. Podríamos comenzar de cero, pues veníamos de Cañar en ese entonces. Cuando nos mudamos, todo tenía un ambiente hogareño, un aire cautivador para compartir el resto de nuestras experiencias. Pasó algún tiempo hasta acostumbrarnos por completo, pero sabíamos que todo estaría bien.

Una noche, como cualquier otra, cuando todos dormíamos, escuchamos que arrastraban muebles y plantas. Pensamos que eran los vecinos, pues el sonido no podía provenir de nuestra casa. Al cabo de varios minutos, el macabro ruido cesó y todos volvimos a dormir. Al siguiente día, volvimos a escuchar que arrastraban muebles, los sonidos eran muy fuertes y parecía que venían de la sala, pero preferíamos pensar que eran los vecinos, como lo habíamos comentado por la mañana. Con el paso de los días, los ruidos se empezaron a hacer más continuos. Parecía que arrastraban a una persona, mientras esta iba incrustando sus uñas en la madera del suelo para evitar ser arrastrada.

Un día, ya cansados, decidimos ir a hablar con los vecinos, pero tuvimos visitas de familia y no alcanzamos a hacerlo. Al momento de dormir, escuchamos pasos, tan cerca que el sonido atravesaba las paredes y se iba directo a nuestros oídos. Estábamos muy perturbados; entonces, decidimos ir a hablar con los vecinos,



aunque eran las 3:00 a.m. Tocamos la puerta con mucha cautela, pues no sabíamos con qué nos íbamos a encontrar. Salió un señor, que no tenía aspecto de haber estado dormido, más bien, se veía fastidiado, pero aun así intentó ser cortés.

—¿En qué le puedo ayudar vecino? —preguntó.

—¿Disculpe la molestia, pero me preguntaba si es que podría dejar de hacer tanto ruido en las noches? —le dije directamente, porque tenía mucho sueño y cansancio.

—Vecino, eso mismo le quería pedir yo, lo que pasa es que mi esposa está embarazada y necesita dormir.

Nuestras caras de impacto eran tenebrosas; estábamos muy asombrados y nuestros cuerpos rígidos. Entonces, un estruendo proveniente de nuestra casa resonó. El vecino, igual de asustado que nosotros, brincó y fuimos corriendo a ver qué ocurría. Lo

que nos encontramos nos dejó aún más horrorizados: todas las macetas se encontraban destrozadas en el piso y los muebles desordenados. Esa noche no pudimos dormir, porque sabíamos que los ruidos venían de nuestra casa, de nuestra sala. El ambiente se volvió pesado. Amarramos las macetas y apilamos los muebles y, hasta el día de hoy, jamás desamarramos las macetas.




**BAGNER RENÉ TOAZA**
nació en Rosa Zárate, Esmeraldas, en 1997. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa para Personas Con Escolaridad Inconclusa Las Golondrinas. Su actividad favorita es leer.

# Los muertos tienen sed

Hace mucho tiempo, un par de jóvenes fueron a dar un paseo por tierras desconocidas. Acababan de llegar a este lugar nuevo, cerca de Quinindé. Sus familias, por motivos económicos, tuvieron que dejar su ciudad natal para irse a vivir lejos de donde habían crecido.

Los jóvenes salieron temprano en la mañana para conocer esas tierras extrañas. Estaban muy asombrados de lo bonito que

era todo y no se percataron de que se habían alejado mucho de la casa. Se había hecho tarde, entonces, decidieron regresar, pero no sabían cómo hacerlo. Continuaron caminando y encontraron un camino familiar, uno por el que habían pasado antes. Luego de unos minutos, notaron que era muy diferente, pues a la orilla había un baño muy viejo. Ellos, cansados y sedientos, no vieron otra opción que entrar para ver si encontraban algo de agua.

Allí había un espejo; estaban mirando su reflejo, cuando de repente ven la silueta de una chica, solo podían escuchar su voz, mas no podían distinguir su cara. Asustados, salieron corriendo y alcanzaron a oír:

—¿Saben dónde están?

—No —respondieron nerviosos.

—Hace mucho tiempo, un hombre malo me quitó la vida y vino a botar mi cuerpo en este lugar e hizo lo mismo con todos.

—¿Con todos? —los jóvenes exclamaron asombrados.

—¡Sí!, con todos —susurró ella riéndose.

Ellos aterrorizados comenzaron a correr, pero ya era muy tarde y casi no veían el camino, apenas el resplandor de la luna era su guía. Pero la chica los seguía diciéndoles que se quedaran unos minutos más, para que vivieran allí para siempre. De pronto, empezaron a escuchar muchos gritos que venían del costado del camino; las voces pedían ayuda para salir. Ellos corrieron por horas hasta que lograron salir. Pero el espíritu de aquella joven se había metido por la espalda de uno de ellos.

Muy asustados, llegaron a su casa y les contaron todo a sus familias, entre risas, susto y agradecidos con Dios de que estaban vivos. De pronto, el joven que llevaba el espíritu de la chica se puso de pie, agachó la cabeza y comenzó a respirar fuertemente; todos le preguntaban qué le sucedía, pero él no hablaba. Su hermano



se acercó para tocarlo, pero el joven balbuceaba cosas que nadie entendía. En ese momento, su amigo supo lo que pasaba y gritó: "¡Está poseído!". Su familia empezó a orar, mientras él daba fuertes gritos de desesperación.

El espíritu empezó a hablar a través del chico, gritaba: "¡Tengo sed! ¡Tengo sed! ¡Denme agua! ¡Quiero agua!". Entonces, alguien corrió y le trajo un vaso de agua. Ella se lo tomó, se puso de pie y se dejó ver. Su rostro era liso, como el cuarzo blanco y brillante. Entre lágrimas, reveló que donde ella vivía había muchos otros que tenían sed y nadie les daba de beber, y aunque trataban de salir, no podían porque ¡estaban muertos!

Finalmente, después de dos horas, aquel espíritu salió del joven y él lloraba de rodillas, dando quejidos muy tristes.

**ROSANA DE LA CRUZ** nació en Borja-Quijos, Napo, en 1972. Actualmente es docente. Su hijo Marcelo Antonio Lara de la Cruz estudia en la Unidad Educativa Juan Bautista Montini.

# ¡Cómo penan las almas!

Hace tres meses, junto a mis padres y hermanos, visitamos a un amigo en Quito. Carlos es arqueólogo y trabaja en el Banco Central del Ecuador. Él debía acompañarnos al funeral de un familiar, pero nos confesó que no le gusta ir a ese tipo de eventos, porque las almas lo persiguen.

Nos contó que un día, que salía de su trabajo, un joven lo estaba esperando afuera de su oficina y le pidió un favor. Quería que fuera a



su casa y le dijera a su mamá que los documentos que necesitaba para no perder la casa —a causa de una hipoteca— estaban en el tercer cajón del velador de su habitación. Debía decirle a la señora que los sacara y se los entregara al abogado de la familia inmediatamente, para salvar la vivienda. Carlos, conmovido, efectivamente hizo lo que le pedía el joven. Llegó a esa casa, tocó el timbre y salió la madre del chico. Ella se sorprendió mucho al recibir ese mensaje y le contó que su hijo había fallecido hacía algunos días… Sin embargo, ambos fueron hasta la habitación y cumplieron con las instrucciones, y encontraron esos papeles. La señora no paraba de llorar y pensó que, tal vez, su hijo no estaba muerto. Entonces, fueron hasta el cementerio a visitar la tumba, pero Carlos tuvo que salir inmediatamente, porque podía ver muchas almas que lo llamaban. Además, veía luces en las tumbas y decidió salir caminando de espaldas para asegurarse de que se quedaran allí. A partir de ese hecho, cada vez que entra a un

cementerio, sale de espaldas y no puede permanecer mucho tiempo allí, porque enseguida las almas lo persiguen.

Una de sus frases favoritas mientras nos contaba esta y varias historias era: “¡No se imaginan cómo penan las almas!, ¡cómo penan las almas!”. Entonces, yo empecé a tener miedo y me senté junto a mi mamá, para que me diera la mano. Ella me decía “tranquilo, no pasa nada”, pero la verdad, estaba muy asustado. Carlos continuó contándonos historias y ya casi era medianoche. Mi hermano y yo no queríamos ir a dormir, porque teníamos mucho miedo, pero seguíamos atentos.

El último relato era sobre una señora que se le acercó a Carlos en la calle y le pidió que fuera a una funeraria frente al hospital del seguro social. Él debía decirle a una mujer que estaría junto al féretro —con vestido blanco— que no llorara, que debía estar tranquila por su familia. Él hizo lo que la mujer le pidió y, cuando llegó a la funeraria, vio a una mujer de blanco, que lloraba desconsoladamente junto al cadáver que se estaba velando. Pero notó que aquella mujer era la misma que le había pedido ir hasta allá, es decir, que estaba llorando su propia muerte. Carlos quedó muy impresionado, no podía creer lo que estaba viviendo y, por un momento, pensó que estaba volviéndose loco. La mujer lloraba porque dejaba a su esposo viudo y huérfanos a sus pequeños hijos.

Yo me puse a llorar, ya no quería escuchar más. Entonces, Carlos dijo: “¡Cómo penan las almas, cómo penan las almas!”, moviendo nerviosamente su mano derecha. Como nos vio tan asustados, nos dijo que quería descansar, pero antes nos dio algunas recomendaciones: “No deben tener en la casa fotos o recuerdos de personas fallecidas, porque es una de las razones por las que las almas penan y no llegan al descanso eterno. Además, cuando una persona presiente que va a morir, debe decirle a Dios que sea su voluntad”.

Todos fuimos a dormir muy nerviosos y yo dormí con mi mamá. No quería que apagáramos la luz, estaba temblando, hasta que finalmente caí rendido; pero en mi sueño escuchaba: "¡Cómo penan las almas, cómo penan las almas!".




**CLAUDIO MORENO**
estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Ambato.

# El demonio acurrucado

Alicia nació en 1962, en la ciudad de Portoviejo, en Manabí. Por el trabajo de sus padres, desde muy pequeña, vino a vivir a Ambato. Con apenas 15 años, ya trabajaba para ayudar a subsistir a su familia. Ella trabajaba para Don Ernesto Tibán, dueño de una gran propiedad, ubicada en una localidad que hasta hoy se conoce como Martínez. El señor Tibán tenía un rebaño de ovejas, que eran cuidadas y alimentadas por Alicia, esa era su labor.



Don Ernesto era un comerciante ocupado, salía de su casa al alba y regresaba poco antes del ocaso. Entonces, la joven Alicia cuidaba del rebaño a diario, excepto los fines de semana. Ella sabía de memoria la rutina de las ovejas, que implicaba darles de comer, un pequeño paseo por la cumbre de la montaña, donde se encontraba la propiedad de Don Ernesto, y llevarlas de nuevo a la propiedad, para luego marcharse hacia su casa.

En ese tiempo, la localidad de Martínez no era muy poblada, como lo es hoy en día, no tenía calles asfaltadas y carecía de iluminación en varios lugares. Una tarde como cualquier otra, Alicia sacó el rebaño a su paseo de rutina, sin novedad y como de costumbre. Ella se sentó en unas rocas mientras vigilaba a las ovejas movilizarse en la cumbre, con paciencia y sin prisa. Pero, sin previo aviso, el sueño la venció en aquella cálida tarde.

Al poco tiempo, se despertó de un salto. La preocupación y el asombro de haberse quedado dormida en medio del trabajo fueron como un balde de agua fría, y notó enseguida algo alarmante: ¡el rebaño no estaba! Lo primero y lo único que hizo en ese momento fue buscar apresuradamente a las ovejas. Debía hacerlo rápido, puesto que el sol cayente delataba poquísimos minutos de claridad, pronto oscurecería y las tendría que dar por perdidas si caía la noche. Poca gente, por no decir nadie, circulaba por allí; era un lugar desolado y a la vez seguro, de cierta forma, por la ausencia de gente y, por ende, la ausencia de malandros.

Mientras Alicia buscaba el rebaño, empezó a escuchar una agitada, ronca y desagradable respiración, que retumbaba en el aire. El sonido provenía de un risco de la montaña, a unos cuantos metros de ella. Al acercarse, observó entre la maleza una porción de paja y se le heló la sangre al ver lo que producía aquel siniestro respiro. En medio de la paja —para su buena suerte, dormido—, se hallaba aquella cosa que ella después llamaría “demonio”.

Lo recuerda muy claramente, era una figura humanoide, muy grande y esqueléticamente delgada. Resaltaba su enfermizo color rojo de piel; parecía como si lo hubiesen desollado por completo. Su horrible cola huesuda y alargada lo envolvía mientras, al parecer, dormía o fingía hacerlo.

Las alarmas se dispararon en la cabeza de Alicia, el pánico y el temor de que esa cosa despertara de su descanso la obligaron a correr despavorida hacia el caserío más cercano, al pie de la montaña, que era el lugar más poblado de la zona en ese entonces.

El descenso, desde la cumbre hasta el caserío, fue eterno y el miedo la corrompía cada vez más; no podía voltear a ver aquella mórbida figura, la simple imagen en su cabeza la hacía experimentar una horrible sensación. Ni siquiera le importó, en lo más mínimo, dejar de buscar el rebaño extraviado. Pero

su asombro y sus dudas fueron mayores al llegar al poblado. Ya había oscurecido y, en la calle principal, se encontraban las ovejas, inquietas, pero curiosamente juntas unas a otras, más de lo normal, como si temieran. Alicia estaba convencida de que las ovejas sintieron la presencia o vieron despierto al demonio y por eso bajaron de la montaña rápidamente.

Ella pasó la noche en aquel caserío y, a la mañana siguiente, después de llevar de vuelta a las ovejas donde Don Ernesto Tibán, sin voltear la mirada a aquella cumbre, dejó de trabajar allí y jamás volvió sola a ese lugar.




**MAYRA CAMILA LEÓN**
nació en Tulcán, Tulcán, en 1999. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Nacional Galápagos. Su actividad favorita es participar en proyectos de educación ambiental.

# Secretos en la noche

La noche estaba helada. Había llevado abrigo para la ocasión, pero no fue suficiente para contrarrestar la congelante brisa. De camino a casa, ensordecida por el ruido del tráfico, estaba yo, temerosa, lánguida y desesperada por evitar cualquier tipo de suceso que me impidiera llegar a mi hogar sana y salva.

—¿Adónde, con tanta prisa? —me dijo una voz, que provenía de un lugar apartado de la luz.



Me costó trabajo distinguir la enorme silueta que apenas sobresalía del rincón. Al parecer, era un hombre. Invadida de pánico, ignoré su pregunta y seguí caminando por el estrecho callejón.

De repente, escuché silenciosas y lentas pisadas a mi espalda. Quería voltear, llenarme de valentía, abrir la boca y decirle que dejara de seguirme, pero todo fue en vano. Me sumergí en mi temor, agaché la cabeza y aceleré el paso, aunque sus pisadas yacían sobre mí.

—¿Qué hace una niña tan sola por estos lares? —me preguntó un hombre feo, con su piel envejecida, barba blanca y maldad en su mirada. Me sujetaba de los hombros y me daba ligeras, pero groseras, sacudidas.

—Yo… Yo voy a mi casa —respondí tartamudeando.

El rostro del hombre se llenaba de malicia al ver el mío lleno de pánico, por la sorpresa y su horrenda apariencia, mientras me miraba de arriba abajo sin apartar la mirada. Pensé que esa sería la última cara que vería mientras estuviera viva, pensé en mi madre, en mi gato, incluso, en la hora de mi muerte. El frío de la noche se me había olvidado, pero temblaba de miedo; estaba presa de ese hombre.

Él no me soltaba los hombros y mi pánico iba en aumento. Hice un intento por zafarme, pero rápidamente me atrapó bruscamente, esta vez, del brazo. Me empezó a jalonear de camino al lugar oscuro y, al imaginarme lo que me sucedería si llegaba hasta allá, tomé fuerzas y me solté de los cochinos dedos de aquel hombre. Corrí con todas mis fuerzas y él iba detrás de mí tambaleante, pero lo hacía tan rápido como yo.

Me llené de emoción al ver una pequeña luz al final del callejón; después de tanta oscuridad, pensaba absurda la idea de poder salir de aquel lugar. En ese pequeño y fugaz lapso de tiempo, pude tener esperanza, pensé que al fin habría salida y regresaría a casa. De repente, escuché un estruendo detrás de mí, el hombre había caído, sin embargo, se incorporó velozmente para atraparme.

Llegué hasta la luz y él aún me perseguía. Corrí y corrí, por impulso, entré en un almacén, al parecer era una tienda de computadores. Entré y traté de ocultarme entre unos separadores que formaban una especie oficina.

—¡Tiene que ayudarme! —le supliqué a la mujer de cabello rojo que estaba sentada en la oficina—. Un hombre está tras mío y no entiendo por qué —le supliqué.

La mujer no manifestó preocupación alguna ni cambió su expresión y eso me desconcertó muchísimo. De repente, en una pizarra que estaba detrás de la mujer, pude observar una foto

donde estaba mi pequeña prima, junto a mí, en la sala de mi casa. Me quedé mirándola y preguntándome por qué estábamos ahí, en esa pizarra de aquel lugar. Miré a la mujer en busca de una explicación y, de pronto, como si hubiese saltado de una escena a otra, vi más fotos de miembros de mi familia.

El pánico se apoderó de mí. Miré hacia la ventana de vidrio y, como una película de terror, allí estaba la cara del hombre que me había estado persiguiendo; sentí que el corazón se me salía del pecho. La cabeza me daba vueltas y no pude recordar por qué estaba en aquella oficina. Tenía la sensación de saberlo, pero todo era muy confuso, estaba horrorizada, pero no sabía por qué. Cerré y abrí los ojos y me hallé en un cuarto sola, pero a salvo. Entrecerré los ojos nuevamente y estaba en ese lugar otra vez. Al parecer, el sueño continuaría toda la noche.




**ERIKA NATALY SUMBA**
estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Luis Rogerio González.

# Un pequeño secreto

**Día 1**

Recuerdo aquel día como si hubiese sido ayer. Todo iba normal camino a casa, los niños corriendo, el cielo nublado… ¿Y yo? Como de costumbre, con los audífonos puestos y el volumen al límite, lo admito. Jamás he sido de las personas que tienen muchos amigos, pero cómo serlo cuando nadie quiere estar a tu lado. Solo te tengo



a ti… Respecto a lo demás, mis padres están preocupados; de hecho, mañana me llevarán al psicólogo. Mi pregunta es: ¿acaso querer estar muerta es un problema? Ahora estás en mi vida, pero mis papás no te quieren, así que ¡shhh! Nuestra amistad será nuestro pequeño secreto.

**Día 2**

Acabo de volver del psicólogo. Me ha dicho que todo está bien, jaja, es fácil de engañar. No es la primera vez y supongo yo que no será la última. He estado evitando el psiquiátrico la mitad de mi vida. Ah, por cierto, he olvidado decirte mi nombre, ¡qué descuido! Jaja, soy Erika y tengo dieciséis años. Supongo que tienes curiosidad sobre por qué mis padres me mandan al psicólogo seguido. Te lo explico: ellos notaron que dejé de sonreír hace mucho. Sí, señor, simplemente por eso. Pero creo que es normal a mi edad, supongo.

**Día 3**

Voy camino a casa. ¡Lo sé! Es temprano y nadie ha salido aún, he escapado. Me alegra que hayas venido a acompañarme, hoy me siento un poco mal. ¿Sabes? Unos chicos se han reído de mí y me han dicho que debería estar muerta; la verdad, concuerdo con ellos, estoy cansada, dime ¿tú también estás cansado de estar aquí? Te contaré por qué confío en ti, llevo diez días sin comer y contando, tengo cicatrices en mi piel y los moretones en mis brazos no han sido accidentes. Pero no te preocupes, nadie me hace daño, solo soy yo calmándome, no te enojes… Veo que tú también tienes cortes en tu muñeca. Pero no te vayas. ¡Oye! Bueno, supongo que iré sola una vez más.

**Día 4**

Se suspendieron las clases, al parecer ha habido un asesinato. ¿Recuerdas a los chicos que se burlaron de mí? Pues, bueno, uno apareció degollado en el salón de Biología, qué macabro, ¿verdad? Pero no te rías, esto es muy serio: unos policías han venido a interrogarme, por el conflicto que tuve con ellos, creen que yo lo maté, debe ser un chiste. ¿Yo? ¿Matar a alguien? ¡Por favor! Jaja. Además, tú estabas conmigo cuando volvía a casa, sabes que yo no lo hice. ¡Basta! No rías más. Sé que debería estar feliz de que ya no me molesten, pero no me jodas, ¡está muerto y yo como sospechosa! Mira lo que has hecho, jaja, estoy riendo y la gente nos mira… Venga, vámonos.

**Día 7**

Las cosas se han calmado, pero no te he visto en varios días, eso me pone mal. Sabes, contigo saco todo lo que siento, lo que soy yo realmente. Tú eres lo que yo hubiera querido ser. ¿Dónde has estado? Tenías que dar tu testimonio de aquel día a la Policía, que tú me viste ir directamente a casa. Bueno, está bien… En este

tiempo todos se han alejado de mí, se portan mal conmigo, me hacen llorar, no los soporto. ¡MALDITOS! Todos deberían estar muertos… Disculpa, solo han sido días difíciles, lo lamento. Me gustaría que todo fuera como antes, cuando nada importaba, aunque eso era cuando aún no te conocía. Aparte, he tenido una pelea con mis padres, ellos piensan que yo agredí a una compañera, porque ella me acusa. Tú sabes que yo no lo hice, es más, fuiste tú, ¡tú lo hiciste! Yo te vi, pero tranquila, yo jamás te acusaré, porque somos amigas.

**Día 8**

Hoy he faltado a clases. Esto se está saliendo de control. Amiga, creo que alguien trata de volverme loca, de inculparme de todo lo que pasa, quieren arruinar mi vida. Pero, ¿quién? ¿Por qué? ¿Recuerdas a la chica de la que te hablé ayer? Le han cortado la lengua y me están acusando. Esto no puede ser. Yo no fui, yo no lo hice, ¡te lo prometo! Ayúdame, por favor.

**Día 9**

¿Amiga? ¿Realmente puedo llamarte así?…

**Día 10**

Ella, mi amiga, se ha marchado de aquí, al igual que todo lo demás. Hola, ahora estoy en otro lugar, sola. En mi casa todo está mal. De verdad, nunca quise que ella matara a mamá. Pero, mamá, nunca debiste encontrar ese cuchillo debajo de mi cama, debiste creerme a mí. Ella es real y puede hacer daño… Y, papá, jamás debiste decir que ella y yo somos la misma persona. ¿Lo recuerdas? Era nuestro pequeño secreto…

***Fin del diario***

En tiempo real:

Hola, soy Erika Nataly Sumba Pinos, con el número de

identificación número: 09425. Detallo mi informe diario para el centro psiquiátrico Whittingham. He tenido el mismo sueño todas las noches, desde que lo recuerdo. La psiquiatra me ha dicho que se lo cuente todo y lo hago. Mi conducta no está siendo agresiva y no he visto nada fuera de lo normal. Dicen que me recuperaré pronto, pero ¿cuándo? Han pasado cinco años y siete meses desde aquel día y yo extraño a mi amiga. Solo espero salir de aquí, para volver a estar juntas, pero ese es otro pequeño secreto.

**ALEXANDER ISRAEL CORTEZ**
nació en Cascales, Sucumbíos, en 2002. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Cascales. Su actividad favorita es tocar la guitarra.

# Parecía que…

Creía que conocía lo que era el miedo o, al menos, el significado de esa palabra, pero me equivocaba. Se experimenta de una forma particular; es algo parecido a lo que siente un niño pequeño en medio de la oscuridad o en absoluto silencio. Parece que el mundo se cae y estás esperando a que suceda algo que sabes que sucederá.

Un viernes por la noche, estaba en el ordenador revisando mis redes sociales, mientras escuchaba música. Me había quedado solo en casa —en Cascales—, porque mis padres salieron a San

José con otros familiares. Pude haber ido con ellos, pero siempre me aburría con todo lo que hablaban: la política, el mundo, la contaminación, etc. Se sientan a conversar durante horas y, como era el último día de trabajo, no tendrían ninguna presión. Tal vez, era muy joven para preocuparme por esas cosas, entonces, prefería quedarme de lado haciendo cualquier otra cosa. Esa noche les dije a mis papás que tenía muchos deberes y simplemente me creyeron; yo estaba feliz, porque me había salido con la mía y estaría solo bastante tiempo.

El teléfono sonó y pensé que eran ellos que se habían olvidado algo o, quizá, habían descubierto mi pequeña mentira. Cuando contesté, escuché interferencia y me pareció raro; pensé que la línea estaba dañada y que se iría aclarando la comunicación, pero, al instante, comenzaron a disminuir las luces en la casa y, luego, las del barrio, hasta que todo quedó completamente oscuro. El teléfono seguía sonando y empecé a ponerme nervioso sobre lo que iba a pasar. Parecía que una película de terror nuevamente ponía en una situación difícil al espectador.

Me sentía de dos maneras: una parte de mí tenía miedo por lo que ocurría en ese instante y la otra me hacía sentir positivo, porque esperaba que la situación mejorara. Los perros del sector empezaron a ladrar y a aullar, al igual que otros animales —gatos, pájaros, gallinas…— y eso profundizó mi miedo; había mucho bullicio. Pensaba: "¿pasará algo?".

La bulla cesó y un silencio muerto invadió la casa; en ese momento, traté de comunicarme con mis padres, ya que los nervios me tenían de piedra y peor estando solo. No volví a mi cuarto, aunque había dejado el computador prendido. De pronto, se prendió la televisión de la sala y solté un grito. Estaba convencido de que iba a pasar algo como en las películas de terror, sentía que si volteaba aparecería algún espectro o asesino. Solté el



teléfono y vi la televisión, que no tenía señal, pero, poco a poco, se empezó a aclarar la imagen. Apareció en la pantalla una foto familiar manchada de un líquido rojo, era sangre. Al instante, se apagó y escuché pasos, parecía que alguien corría cerca de la casa y yo no podía más del miedo.

No lo pensé dos veces, tomé una maleta, puse un cuchillo de cocina, mi celular y revisé si tenía alguna llamada de mis padres; tenía 665 llamadas perdidas de un número desconocido, algo inexplicable, porque mi celular tenía tono para recibir llamadas. Entonces, cayó un rayo que iluminó todo. Vi por la ventana una silueta parada afuera y sonó mi celular, era la llamada 666… Contesté y escuché la misma interferencia que en el teléfono fijo, pero alcancé a entender una voz que decía: "Controlo el mundo desde el inicio al final".

Cayó otro rayo, la figura había desaparecido y un frío terrible recorrió mi cuerpo. Sabía, en el fondo, que un cuchillo no me

serviría de mucho. Con el tercer rayo, apareció una terrible figura frente a mí. Era impactante, su cara diabólica tenía unos ojos que mostraban su infernal origen y tenía patas en lugar de pies. Me quedé parado y creo que me desmayé, sentía helada hasta el alma.

Cuando desperté, vi a mis padres al lado mío y estaba en una cama de un dispensario médico. Había sido internado en el Hospital Eugenio Espejo desde hacía dos días, por una supuesta contusión. Yo sabía que no había sido un sueño, fue real. Al día siguiente me dieron de alta y me llevaron a mi casa, llegué a mi cuarto y no había pruebas de nada, solo había una nota que decía: “El juego fue muy divertido, tengo que irme, pero ten por seguro que nos volveremos a ver…”. Si creía que estaba recuperado, me equivoqué. ¿Por qué a mí?




**TANGEE MONTALVO**
estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Tabacundo.

# Por las calles de Tabacundo

Cómo no recordar Tabacundo, un pequeño pueblo lleno de fiestas, tradiciones y leyendas. Tal vez, pocos conozcan las historias, pero sus ancianos las cuentan, unos queriendo olvidar y otros conmemorando las muertes de dichos cuentos. Lo cierto es que muchas de esas leyendas se hicieron noticia, disfrazadas de asesinatos, de cualquier manera, no son del todo ciertas.

Adrián, Pablo y Carmen, estudiantes del tercer año de bachillerato, eran jóvenes diferentes que se acompañaban en la vida. Adrián era un chico de ojos verdes, en cuyo brillo se notaba soledad y angustia, era uno de los pocos que mostraba con sus gestos lo que ocultaba su corazón; con frialdad, no le molestaba contar a cualquier persona lo mucho que le pesaba su vida. Pablo era un joven que se mostraba alegre, pero que por dentro tenía mucha tristeza, lo atormentaba saber que la relación de sus padres estaba llena de sufrimiento, aunque habían tratado de ocultarle los maltratos a escondidas, todos sabían que la relación no iba más. Carmen era una joven que encontraba refugio en su deporte favorito: el básquet; la indiferencia de sus padres hizo que ella se enfocara únicamente en ser la mejor y brillar en el deporte que le enseñó su hermana antes de morir. Los tres eran compañeros y amigos desde octavo, y a todos los atormentaba saber que no encontrarían un buen camino al acabar el colegio y que no podrían hacer realidad sus sueños, porque en sus hogares no encontrarían apoyo. Pero la muerte de quien ronda las calles de Tabacundo cambiaría sus vidas para siempre.

Un día, molestos por sus vidas, decidieron darle vuelta a su sufrimiento con un pequeño desliz de emoción y adrenalina. Sabían que las calles de Tabacundo eran peligrosas y que la gente, a partir de las 9 p.m., cerraba las puertas de sus casas y aseguraba sus hogares por dentro; muchos estaban convencidos de que lo malicioso rondaba por las noches en el pueblo. Ladrones, asesinos y psicópatas transitaban por las calles bien adoquinadas cuando oscurecía; pero no solo salían los delincuentes, sino también algunos seres que acompañaban a los que caminaban inocentemente hacia la muerte.

Los amigos planearon salir cuando todo se encontrara desolado, porque las mañanas a ellos les parecían aburridas; ver personas que transitaban por las veredas, con un fastidioso ruido lleno de charlatanería, gritos, risas, burlas y palabras asquerosas, confirmaba



que la soledad era más tranquilizante. Claro que les gustaba la soledad y el silencio, pero el rato de los ratos ni lo uno ni lo otro resultaba reconfortante.

Llegó el día esperado, era viernes 13 de noviembre de 2015 y el reloj de Pablo marcaba las 11:00 p.m. Hacía frío en las calles solitarias y empezaron a escuchar ruidos inesperados, que parecían decir: “Mátalos”.

—¡Siento mucho miedo, qué suena! —les dijo Pablo a los demás, él estaba muy angustiado.

—No es nada, mejor sigamos caminando —intentó tranquilizarlo Adrián.

—Tiene razón Adrián, sigamos caminando —dijo Carmen.

¡Error! Mientras más caminaban, más clara era aquella voz macabra. Carmen acababa de decir “gallinita”, mientras apuntaba a

Pablo con el dedo, cuando todos vieron unos bultos negros danzantes en el cielo y unos rostros que se asomaban en las esquinas del parque. El temor los invadió… “Ellos gritaban”, dijeron los vecinos; “yo lo único que hice fue taparle los oídos a mi nieto, porque ellas los iban a matar”; “yo los vi pasar, a través de la cortina”; “ellos corrían despavoridos, mientras las huestes del diablo sonreían maliciosamente”; “yo ya estoy anciano y las he visto muchas veces, pero no me dio miedo, ¿qué harían ellas con un pedazo de carne vieja como la mía?”.

Mientras huían, los tres amigos habían encontrado una casa abandonada, a la que habían podido entrar porque no tenía cerradura.

—¡Intenten cerrar esa puerta, no sabemos a qué nos enfrentamos! —dijo Adrían.

—Si entra, ¡qué haremos! —gritó Pablo, lleno de miedo, solo quería salir de ahí y que se acabe todo.

—Mejor escondámonos, busquemos algo que nos ayude a salir de esta, no tengan miedo, ¡vamos Pablo y Adrián!

“Caminar hacia el interior de la casa no nos ayudó, porque no había más que oscuridad en su interior, ya eran pasadas las diez de la noche. Caminamos por largos minutos allí adentro y encontramos un pasillo con una puerta, que parecía una salida de ese lugar”, declaró Adrián.

Al entrar, vieron un muñeco con una melena, tenía un aspecto horrible, como endemoniado, parecía real y no solo fruto de la imaginación.

—Solo es un hermoso muñeco —Carmen se acercó para verlo mejor, cuando lo tuvo en sus brazos, las paredes de la casa comenzaron a moverse con fuerza.

Los tres estaban completamente aterrados y vieron cómo un espejo se hizo trizas sobre Carmen. Ella dejó caer el muñeco, que se reventó contra el piso. Entonces, Adrián y Pablo corrieron desesperados a

buscar dónde esconderse. Encontraron un armario y lo movieron, pero la pared se derrumbó. Quedó al descubierto un dormitorio frío, del que salía un olor nauseabundo. Pablo gritó aterrado al ver una gran figura… Era Carmen, todos esos años había habitado allí, tras esas paredes, y sabía lo que iba a pasar. Ella los había conducido hacia ese lugar.

Carmen seguía viva a pesar de haberle caído el gran espejo, que le había dejado enormes cicatrices; los chicos la vieron desfigurada completamente, no se la podía reconocer. De pronto, ella atacó violentamente a Pablo y lo golpeó con un pedazo de porcelana del muñeco; él cayó sobre el piso, inerte. Adrián se encerró en una habitación, a la que Carmen intentó ingresar por distintos accesos secretos a través de las paredes. Finalmente, lo atacó múltiples veces, pero él logró escapar y encontrar un acceso para huir. Ya afuera de la casa, Adrián pensó en su amigo, en si había esperanza de salvarlo, entonces, decidió regresar por él.

Al volver, Carmen apareció repentinamente y saltó encima de Adrián. Él le dijo con la voz entrecortada:

—¿Por qué haces esto? ¿Qué te hicimos para merecer esto?

—Solo bésame —respondió e intentó besarlo.

Él encontró un destornillador en el piso y alcanzó a clavárselo en el estómago, con furia, con una fuerza impresionante; la sostuvo del cuello para ahorcarla y ella cayó lentamente al piso sin moverse. Así, Adrián huyó dejando atrás a sus grandes amigos que habían muerto, con un gran vacío en él.

Solo quería comenzar una nueva vida en otra ciudad, sin familia, sin amigos, sin nada… Ahora se encontraba solo, con ese brillo de sus hermosos ojos verdes que reflejaban dolor y muerte. Cuando Adrián me contó esta historia, de alguna manera, también la viví.




**MARÍA CRISTINA BALSECA**
estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Honduras.

# El abuelo

Mi abuelo era muy religioso y decía que todos tenemos un ángel que nos cuida. Nos contaba que, en nuestra casa, había cuatro espíritus que nos protegían. Él decía que los podía ver y creía que había un espíritu malo, que estaba al fondo de la casa.

Al morir mi abuelo, se fue el espíritu más fuerte, porque él tenía un carisma y un amor infinitos, era casi un padre para todos, al igual que mi abuela. Pocos meses después de su muerte, mi abuela enfermó y murió también. Antes de marcharse, ella se despidió de sus nietos y de sus hijos. La muerte de ambos fue muy dolorosa



para toda la familia. En su velorio, hubo un ambiente de tristeza y desolación, que se contagiaba a todos sus hijos y conocidos.

Han pasado doce años desde el fallecimiento de mis abuelos y mi hermana Germania asegura que ve a mi abuelo en sus sueños. Él suele anticiparle cuando algo malo va a pasar, para tratar de evitarlo. Cuando ella sueña con mi abuelo, nos reunimos en familia para estar juntos. Ella también puede ver a los espíritus que cuidan la casa y siempre nos aleja del espíritu malo, porque nos puede dar mal aire.




**VALERIA JAZMÍN REYES**
estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Palmar.

# El perro negro de Chucuy

Hace no más de dos años ocurrió esta historia en Chucuy[1], la comunidad donde yo vivo. Aún siento ese escalofrío de cuando mi abuelo me contó esta espantosa experiencia de don Alberto, un comerciante de mariscos.

Todo comenzó una Navidad en que el pueblo estaba reunido como siempre para celebrar. Cerca de las doce de la noche, don

1 Camino que conecta Manantial de Colonche con Pueblo Nuevo.



Alberto decidió ir a Pueblo Nuevo, para comprar camarones a su compadre don Aurelio.

—Mujer, me voy a Pueblo Nuevo, el compadre me dijo que iba a conseguir camarones en el laboratorio de Los Lucas —dijo don Alberto a su esposa.

—¿Adónde vas a ir a esta hora? Mira, ya son casi las doce de la noche —respondió sorprendida.

—Ya vas a comenzar con tus creencias. Qué puede pasarme si está cerca de aquí. Enseguida regreso.

Don Alberto encendió su carro y se dirigió a Pueblo Nuevo. Él conducía tranquilamente, pensando en lo miedosa que era su mujer, porque ya estaba a punto de llegar y no le había pasado nada.

Pero cerca del cementerio, sintió un frío helado que le puso la piel de gallina. Detuvo el carro y se colocó su abrigo.

Alzó la mirada y, en frente de él, estaba un perro negro. Encendió nuevamente su auto y quiso avanzar lo más rápido posible, pero no pudo; el perro se había atravesado en el camino, como si quisiera que don Alberto se bajara de su carro.

Él miraba a todas partes, pero el perro negro no lo dejaba en paz. De pronto, el perro caminó un poco y se sentó a esperarlo más allá. Asustado, don Alberto aceleró y pensó que lo había atropellado, pero el animal apareció nuevamente. El automóvil dejó de funcionar y el can daba vueltas a su alrededor; el pobre hombre no sabía qué más hacer. Entonces, sin más, tomó un rosario que siempre lleva con él y se encomendó a Dios.

No muy lejos, vio las luces de Pueblo Nuevo; miró a los lados del auto y el perro había desaparecido sin dejar rastro. Entonces, se bajó y salió corriendo hasta llegar a la casa de su compadre Aurelio, que también estaba llegando a su casa después de la fiesta de Navidad.

—¿Qué te pasa Alberto? ¿Por qué estás tan pálido? Si estabas enfermo, por qué viniste —preguntó Aurelio preocupado.

—¡Ay! Compadre, no me va a creer lo que pasó. Cuando venía para acá, se me apareció un perro negro que no me dejaba pasar. Y el carro se me apagó, no sé qué tiene.

—Tranquilo, vamos a ver tu carro, a ver qué pasó.

Así que fueron al lugar donde se había quedado el auto. Don Alberto y Aurelio se subieron y, como si nunca hubiese tenido falla alguna, encendió.

—¿Qué pasó compadre? El carro está bien —comentó el compadre.

Don Alberto, asombrado, respondió:

—En verdad, no sé qué pasó. Pero no le miento, este carro se me apagó y no encendía.

—Compadre, ahora sí te digo que te quiso llevar el diablo. Si te bajabas cuando ese perro le andaba dando vueltas, no sé qué hubiera sido de ti.

Regresaron a la casa de don Aurelio y esperaron allí hasta que amaneciera. Don Alberto no quería volver a pasar por otra experiencia similar.

Cuando aclaró, don Alberto regresó a casa. Al llegar, le pidió disculpas a su mujer y le agradeció por haberle regalado el rosario, porque este lo salvó de aquel perro negro de Chucuy.




**KARLA ELIZABETH PORTILLA**
nació en El Ángel, Carchi, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa El Ángel. Su actividad favorita es ver series de terror (como *"The Walking Dead"*).

# Los tormentos de mis noches

El Ángel, 15 de octubre de 2015. Era un jueves por la tarde, cuando mis padres y mi hermana mayor fueron a caminar por los terrenos donde vivíamos. Fueron a ver unas acequias para colocar tubos de riego y allí encontraron restos humanos. Se despertó tanto su curiosidad, que se acercaron más para mirar, incluso, mi hermana se atrevió a tomar uno entre sus manos para observarlo. De repente, comenzó a llover muy fuerte y, sin darse cuenta, se



lo puso en el bolsillo. Al llegar a la casa, ella se sacó la chaqueta para ponerla a secar, pero no cayó en cuenta de lo que estaba en su bolsillo.

A la noche siguiente, comenzaron a suceder cosas extrañas en la casa y, en especial, a mi hermana menor y a mí. Primero, empezaron a sonar pequeños ruidos, como el teclado de la computadora o el rodar de unas canicas por la habitación. Al inicio, los sonidos eran escasos, pero cada vez se hicieron más frecuentes.

Alrededor de las 12:30 de la noche del sábado, mi hermana menor y yo escuchamos algo en nuestra habitación y un eco extraño; las dos nos asustamos y nos tapamos hasta la cabeza con las cobijas. De repente, sentí que alguien se sentaba en mi cama y pensé que era mi hermana que se había pasado para dormir conmigo, por el miedo. Pero cuando levanté mi mirada hacia su

cama, ella estaba ahí. Intenté conciliar el sueño y nuevamente sentí que alguien se sentaba a mis pies, entonces preferí no darle importancia y me quedé dormida.

Pasaron los días y las cosas se ponían cada vez más tenebrosas, porque mi hermana mayor también empezó a escuchar y sentir cosas. Estábamos tan asustadas que le comentamos todo a mi mamá, pero ella pensó que era nuestra imaginación, cosas nuestras y nada más. Cierta mañana, mientras mi mamá lavaba los platos, pudo ver la sombra de una persona que pasaba por la puerta, pensó que era mi papá, pero cuando volteó a ver, no había nadie. Así, los acontecimientos extraños se suscitaron con más frecuencia, pero no sabíamos por qué ese espíritu nos molestaba.

Una noche, me desperté de golpe sin razón y, al mirar la oscuridad de la habitación, el miedo me invadió, sentí escalofríos y me tapé con las cobijas. Sentí claramente que alguien se acercaba, no sabía si era la sensación de miedo, pero se sentó en mi cama… La curiosidad por saber quién estaba allí era grande, así que intenté destaparme y algo me lo impidió. Comencé a forcejear para quitármelo de encima, pero era inútil, había una fuerza sobrenatural que no me dejaba hacerlo. Intenté gritar, pero también fue imposible. El bulto era pesado y, mientras peleaba, recibí un golpe muy fuerte en la nuca que me dejó inconsciente hasta el otro día.

Al día siguiente, desperté con un fuerte dolor de cabeza, que no me permitía moverme; el dolor era tan intenso que me provocaba romper en llanto. Al ver esto, mi mamá se preocupó mucho. Ese día, mi hermana tomó la chaqueta del guardarropa y se la puso para salir, entonces se dio cuenta de que en uno de los bolsillos estaba el hueso. Entendimos por qué ese espíritu nos molestaba, pues habíamos tomado una parte de él, así que ese mismo día tomamos el hueso y lo enterramos en el mismo lugar donde lo

habían encontrado. Al día siguiente, mi mamá regó agua bendita en la habitación y así los ruidos desaparecieron.

El Ángel, 13 de octubre de 2017. Estaba buscando un cuaderno en el escritorio de mi habitación, cuando de repente, una sombra pasó por la ventana de la habitación de mis padres…




**FÁTIMA ODALYS CAIZA**
estudia en primer año
de Bachillerato de
la Unidad Educativa
Leopoldo Mercado.

# Atrapada

Tal vez a muchos nos ha pasado y nos ha tocado aprender a manejarlo. La "parálisis del sueño" es un trastorno en el que la mente está despierta, pero el cuerpo está sumido en un sueño profundo, por lo tanto, la persona no puede moverse, aunque está consciente. Se sabe que es por excesivo cansancio o estrés. Durante este trance, se puede experimentar alucinaciones.

Después de un día agotador, me dispuse a dormir para recuperar energía. De la nada, desperté, todo estaba en absoluta oscuridad y me entró un pánico terrible (la oscuridad me asusta). Al darme



cuenta de que no podía moverme, mi miedo fue aún mayor. Creía que estaba atrapada en mi cuerpo o que tal vez estaba muriendo, porque sentí una tremenda presión en mi pecho.

Después de esa sensación, pude ver una sombra grotesca, de gran tamaño, sobre mí y supe que eso era lo que me estaba causando tal asfixia. No sabía qué hacer, simplemente esperé, pero el tiempo pasaba demasiado lento, los segundos me parecían horas; quienes dicen que el tiempo pasa rápido no han vivido algo así. De pronto, sentí un cuerpo acostarse al lado mío, yo estaba desesperada. Mi imaginación empezó a volar y pensé que, tal vez, era una experiencia paranormal, porque nunca antes me había sucedido. Para todo hay una primera vez, entonces sabía que debía afrontarlo. Traté de voltearme, para saber quién estaba a mi lado, pero simplemente mi cuerpo no respondía. Mi angustia era tan grande que mi cuerpo comenzó a sudar y a temblar…

Decidí calmarme, moví poco a poco mis dedos, mis manos, mis pies, todo mi cuerpo y pude despertar. Salí corriendo donde mis padres y les conté lo que me había sucedido. Ellos me dijeron que eso suele pasar por estar sumamente cansado, así que regresé a mi cuarto. Intentar dormir fue una tortura, porque no quería que me sucediera lo mismo. Cada noche era un verdadero reto dormir, sentía que mi imaginación me jugaría una mala pasada y yo no podría defenderme.

Al día siguiente mi madre me contó que, cuando era joven, también había tenido una parálisis del sueño, provocada por el cansancio del trabajo y el estudio, porque ella hacía ambas cosas para poder pagar su educación (por eso la admiro tanto). Mi abuelo me contó que había vivido algo parecido. Él creyó que era uno de sus nietos o mi abuelita que estaba aplastándole el pecho; él no podía respirar y se estaba sofocando, al punto que sintió que iba a morir. Pero su cansancio pudo más y quedó sumido en un profundo sueño.

Entonces, pensé: ¡qué locura! ¿Qué provoca tal sensación? ¿Es una alucinación o una experiencia inexplicable? Decidí investigar más sobre el tema y me encontré con varias anécdotas y mucha gente que había pasado por lo mismo. Pude ver un video de una chica, que su seudónimo era Chaoko. Ella contaba que le pasaba esto cada semana y sus experiencias eran muy intensas. Por ejemplo, despertaba en un desierto con insectos, en un bosque bajo la lluvia, en una sala de operación o que un perro le lamía la mano, pero se transformaba en un hombre con traje negro, incluso, en una ocasión vio a un amigo suyo, que había fallecido, recostado a su lado.

Pero Chaoko se fue acostumbrando y, en su video, da algunos consejos sobre qué hacer durante una parálisis del sueño. Este video me ayudó a comprender que, a través del sueño, nuestros

miedos se materializan. Es importante ser fuertes y enfrentarlos con calma, porque de lo contrario podríamos terminar completamente locos.

Este trastorno es producto de nuestra imaginación y, hasta el día de hoy, sigo investigando sobre esto. Aún no encuentro una explicación que no sea “científica” —a veces, no me gusta confiarme mucho de la ciencia—, porque hay respuestas más extravagantes que me atraen más.




**RONNIE ARIEL QUILLIGANA**
estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Pelileo.

# El milagro

Todo inició cuando yo tenía siete años. Para ese entonces, la relación con mis padres era bastante buena, aunque mi vida estudiantil no era la mejor. En clases, me hacían *bullying* y yo intentaba destacarme en el campo académico, para ser el orgullo de mis padres y sentirme bien conmigo mismo. Mis maestros decían que tenía un coeficiente intelectual alto y eso me alentaba.

Una mañana, al despertarme, sentí una lucha entre mi mente y mi espíritu; mi voluntad estaba en juego. Miedos, dudas, temores, ansiedad y voces en mi cabeza intentaban obligarme a realizar

actos involuntarios. Cada vez que escuchaba las voces, mi corazón palpitaba, como si tuviera la intención de salirse de mi pecho; el temor invadía mi cuerpo, mis manos temblaban y no entendía por qué. Sentía que un espíritu maligno intentaba adueñarse de mí; entonces, me obligaba a gatear o a quedarme parado por minutos, en un solo lugar, sin poder mover un solo músculo de mi cuerpo.

Mis padres no se habían dado cuenta de nada, pero mi actitud y mis acciones fueron cambiando y se hicieron muy notorias, por lo que ellos empezaron a preocuparse. Creían que era un problema mental, neurológico o, tal vez, una reacción infantil para llamar la atención. Visitamos varios médicos, psicólogos, psiquiatras e, incluso, algunos seudomédicos.

Mientras pasaba el tiempo, mi problema se iba haciendo más intenso. Este espíritu intentaba apoderarse de mi cuerpo; sentía cómo sus garras se desplazaban en mi piel intentando penetrar en ella, pero yo me resistía. Su voz se hacía más y más frecuente, y el espíritu empezó a manifestarse físicamente: se presentaba en mi habitación mientras me encontraba solo, me susurraba al oído y sentía que él se alimentaba de mi miedo.

Esta batalla era diaria, agobiante, agotadora y escalofriante; se apoderó de cada segundo de mi vida. A mi corta edad, intentaba comprender mi sufrimiento, pero no obtenía respuestas. Empecé a notar la desesperación de mis padres, su dolor y la angustia en sus rostros era tan notoria que mi cruz era pequeña comparada a la que ellos cargaban.

Habían pasado ya dos años desde que todo empezó y, sin darme cuenta, mis sentimientos y emociones estaban desapareciendo. El espíritu había logrado su objetivo, ahora él tenía control sobre mi cuerpo, entonces el dolor se había ido. Sentía que divagaba, mi apetito se esfumó, al igual que mis ganas de vivir. Fue ahí cuando mis padres buscaron diferentes alternativas para ayudarme.

La que más me marcó fue cuando decidieron llevarme con un brujo de una ciudad cercana. Cuando llegamos a ese lugar, sentí que el espíritu se sentía en casa y ya no me atormentaba más. Cual lobo, él estaba confiado en medio de su jauría. Algo muy dentro de mí sabía que este espíritu se había fortalecido, pero su tranquilidad aplacó las manifestaciones físicas. Mis padres estaban confundidos, creían que el brujo me había sanado; sin embargo, pasaron pocos días para que este regrese y con más fuerza. Estaba más voraz que antes, como una bestia sedienta de sangre. Sus manifestaciones físicas y mentales se hicieron más constantes y todo el mundo podía notar mi grave problema. En la calle, la gente me miraba como si fuera un demente. Toda mi intelectualidad había desaparecido y esto se vio reflejado en mis estudios; la depresión se había apoderado de mí y la obediencia a los caprichos del espíritu se habían convertido en un recurso vital.

Pasaron seis años y el sufrimiento de mis padres era cada vez más intenso, se había hospedado en mi casa como invitado especial y no pensaba marcharse. Me sentía desesperado, abandonado y resentía al ser que me creó. Con el corazón contrito y despedazado, decidí cuestionarle a Dios sobre el porqué de mi sufrimiento, ¿qué daño había causado yo? ¿Por qué a mí? ¿Por qué me había abandonado? Durante varias noches, en medio del dolor y el llanto, me cuestionaba esto una y otra vez, y llegué a pensar que él no me escuchaba.

Un viernes en la tarde, mi hermano entró a mi habitación y notó que mi problema se había agravado. Decidió llevarme nuevamente a un neurólogo, pero, como era de esperarse, la respuesta del médico no fue favorable; dijo que tenía un trastorno obsesivo compulsivo sin cura. Mi corazón se quebrantó al ver la impotencia y el dolor en los ojos de mi hermano, yo incliné mi cabeza y volví a preguntar: "¿Dios, por qué me has abandonado? ¡Si estás ahí respóndeme!". Y un frío silencio se apoderó de la habitación.



Al salir de la clínica, mis deseos por conocer la razón de mi sufrimiento eran tan intensos que le pedí a mi hermano que me llevara a un lugar en donde posiblemente Dios me escucharía. Entonces, fuimos a una iglesia de la cual había escuchado. Eran las 7:00 de la noche y las personas estaban reunidas en aquel lugar. Ingresamos y nos recibieron como si fuésemos parte de esa familia. Mi hermano me sostenía, porque yo ya no podía caminar ni mantenerme en pie por mi propia cuenta. Un hombre se paró al frente de aquel lugar, era el pastor de la Iglesia. Entonces, sentí que el que tenía miedo no era yo, sino aquel espíritu. Mis emociones y mis sentimientos empezaban a regresar a mi cuerpo. El pastor se acercó y me dijo: "El Señor me pide que te diga que no te ha abandonado, siempre ha estado a tu lado, tu dolor también ha sido suyo, también ha llorado contigo; todas las noches que le has hablado, ha estado a tu lado. Los procesos son necesarios

para fortalecer tu espíritu y tu alma. Él te ha respondido, pero tu ira y tu resentimiento no te permitieron escucharlo. Ahora que lo escuchas, quiere decirte que debes tener calma, porque ya estás en casa". En ese instante, caí en un sueño profundo y pude observar a mi lado a un hombre montado en su caballo blanco, que llevaba en su mano derecha una espada y en la izquierda, un escudo. Me dijo: "¡Ten calma, el tiempo de Dios es perfecto!".

Al despertarme, sentí que mis fuerzas y mi deseo de vivir habían regresado. Sabía que ese espíritu maligno no se había ido, pero tenía ganas de luchar. Al salir de aquella iglesia, noté que el espíritu se había llenado de ira contra mí. Desde aquella noche, sus deseos de agobiarme se habían intensificado, pero también mis deseos de ser libre. Era una batalla tan dispareja como la de David y Goliat; sin embargo, entendí que Goliat era grande, pero David, en cambio, estaba respaldado por Dios y por eso saldría victorioso.

Pasaron las semanas y una noche, mientras orábamos, este espíritu decidió manifestarse con toda su furia, como jamás lo había hecho. Intentó utilizar mi cuerpo para atacar a mi familia, pero mi hermano se levantó con fe y decidió que era hora de echar al demonio de nuestras vidas. Él empezó a declarar palabras sobre mi vida, palabras de libertad sobre mi cuerpo, a ungirme con aceite mientras este espíritu intentaba atacarlos. Después de tres horas de oración, se escuchó cómo salía una voz grave de mi cuerpo que dijo: "¡Me iré! ¡Me iré!". De pronto, hubo un sonido estruendoso desde el centro de la Tierra, mientras un temblor retumbaba en toda la casa; se podía oír a una piara de cerdos corriendo afuera de la casa. Caí desmayado y volví a ver a aquel caballero; él atravesó con su espada el pecho de un demonio, lo ató con cadenas y lo llevó arrastrado. Entonces, me dijo: "¡Ronnie, eres libre! ¡Tu fe te ha liberado!". Desperté en los brazos de mi madre y supe que el espíritu se había marchado y ya no regresaría.




**KARINA JANETH SÁNCHEZ**
nació en La Libertad, Santa Elena, en 1994. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Luis Celleri Avilés. Su actividad favorita es escuchar música.

# El duende

Un viernes por la noche, como de costumbre, Joseph salió de cacería. Se despidió de su esposa e hijos, y les dio la bendición. Montó su caballo y fue rumbo a las entrañas de las montañas. De repente, vio que en el río, por donde siempre cabalgaba, había algo brillante. Se acercó y se inquietó al ver que era oro, casi se desmaya. Empezó a recoger todo el oro que pudo. Rápidamente, volvió a montarse en el caballo y siguió su camino a la cacería.

La noche se volvió más oscura y tenebrosa, el ambiente estaba lleno de misterio. Sintió una brisa que corría por su cuerpo, que le

estremeció hasta los huesos. De pronto, notó que alguien lo estaba siguiendo y esperó un momento detrás de un árbol.

Los árboles empezaron a moverse bruscamente y, de la nada, apareció un pequeño hombrecito frente a él. Tenía la cara peluda y unos ojos tan brillantes que hipnotizaban, sus manos también eran peludas y tenían una garras finas y largas. Estaba bien vestido: los botones de su chaleco y las alhajas de su atuendo eran de oro, tenía un sombrero grande y unas botas relucientes que ceñían sus pies chuecos. Sin duda, era un duende. Joseph lo vio aterrorizado y el pequeño hombre empezó a carcajearse. Él no sabía cómo escapar.

—Tu alma me pertenece, la he comprado y tú me la has dado —dijo el duende.

—Me resisto, yo no he vendido mi alma, estás loco, ¡vete de aquí! No hay nada que te corresponda, solo quieres jugarme una infernal trampa —gritó Joseph desesperado.

—Solo recuerda que eres codicioso y esas almas son las que quiero para mí. Recogiste mi oro y con él has vendido tu alma, me la has dado.

—Me has tendido una jugarreta, pero no te llevarás mi alma —dijo.

Entonces, el duende rio a carcajadas, se arrojó contra el cazador, ambos cayeron al suelo y lucharon. El duende trató de morderle la oreja, pero no pudo; entonces, le dio un golpe con un pedazo de madera en la cabeza y Joseph quedó seminconsciente. Así, aprovechó para arrastrarlo hasta la cueva donde se escondía, pero el cazador despertó. Logró escapar sin que el duende se diera cuenta y corrió sin parar, pero tuvo que detenerse por el cansancio. El duende lo había alcanzado y se lanzó a rasguñarle la espalda, mientras le decía:

—Serás maldito para toda tu vida, ahora yo guardo tu sangre en mis garras y no te dejaré en paz. Tienes mis huellas y jamás podrás zafarte de mí, de ahora en adelante, me perteneces.



De repente, desapareció y Joseph, en un abrir y cerrar de los ojos, estaba cerca del río donde todo empezó.

Regresó a su casa muy agitado. Le contó a su familia lo sucedido y mostró las huellas de los arañazos. Varias noches no salió de cacería por miedo al duende, pero a la tercera, cuando todo estaba ya oscuro, los animales de la granja empezaron a hacer sonidos raros y, de pronto, se oyó pasos en el techo. Joseph escuchó una carcajada horrible y una voz que decía: "eres mío".

Entonces, tomó su escopeta, salió de su casa y le disparó al duende, que cayó muerto. El cazador pensó que por fin había matado a ese ser diabólico y empezó a reír, fue cuando se dio cuenta de que su voz había cambiado. Vio que su cuerpo se llenaba de pelaje y sus uñas se convertían en garras. Al verse vestido igual que el duende, se dio cuenta de la maldición. Se dice que el duende murió, pero que su heredero es aún más malo, porque no todo lo que brilla es oro.




**DANIELA CAROLINA GUDIÑO**
nació en Ibarra, Imbabura, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Fiscomisional La Inmaculada Concepción. Su actividad favorita es la equitación.

# El diablo en la discoteca

En una discoteca muy conocida, un grupo de amigos estaba festejando los quince años de Camila. Entre la gente, apareció un hombre muy elegante, perfumado, alto, rubio, blanco y de grandes ojos negros. Al entrar, atrajo las miradas de todas las jóvenes que se encontraban allí, pero pensaron que su mirada era extraña, sus pupilas eran enormes.



El joven pronto se fijó en la homenajeada y la invitó a bailar. Ella estaba asombrada y un poco nerviosa, porque también llamó su atención. Entonces, aceptó sin pensarlo dos veces. Antes de entrar a la pista, él le pidió que no bajara su mirada hacia sus pies y a ella le pareció extraño, pero obedeció. Después de bailar varias canciones, tuvo mucha curiosidad y bajó su mirada. Se quedó horrorizada al ver que, en vez de pies, tenía patas de cabra con enormes garras. Camila se desmayó y el resto de invitados corrieron a socorrerla. Cuando voltearon, el chico se había marchado.

Ella despertó en un hospital, pero decidieron revisar las grabaciones para investigar al culpable de su estado de salud. El video mostraba a Camila bailando sola. Al inspeccionar la discoteca, en el espejo del baño, encontraron escrito con sangre: "31 de octubre, mi alma vuelve al mundo".

La discoteca cerró y Camila fue trasladada a un hospital psiquiátrico. A pesar de estar encerrada y bajo supervisión, cada seis días amanecía con marcas en la espalda y, a los dieciocho días, falleció.

**GÉNESIS NICOLE MORALES**
nació en Francisco de Orellana, Orellana, en 2003. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Princesa Toa. Su actividad favorita es dibujar.

# Pesadillas

Recuerdo que, cuando era todavía muy pequeña, un día, estaba en mi casa con mis hermanos mayores: Melania, José y Alexander. Mirábamos por las rendijas de la puerta del cuarto, mi padre se encontraba sentado en una silla blanca y mi mamá conversaba con un vecino en la calle. Mi papá vivía agobiado por el pasado y, entre sus turbulentos pensamientos, decidió coger una carabina para terminar con su vida. Entonces, Melania entró asustada al cuarto y gritó: "No, papi, ¿qué vas a hacer? ¡Cálmate, no lo hagas!".

En medio de su borrachera y con el dolor que tenía guardado en su corazón, papá le dio un golpe a mi hermana y terminó con lo que tenía en mente. Se disparó debajo de la quijada.

Yo tenía solo tres años de edad y son muy pocos los recuerdos que tengo de aquel día fatal. Hasta hoy, no entiendo por qué lo hizo. Y ya no me pasa como en aquel entonces, que un chupete calmaba las penas que embargaban mi alma.

Recuerdo cómo mi madre retiraba el cuerpo de mi padre, que quedó tirado en el piso sin vida, con mucha sangre derramada. Tanto era el dolor de mi familia que se olvidaron de mí en el cuarto donde ocurrió todo. Yo, que solo era una inocente niña, empecé a jugar con la sangre del piso; mis pequeños piececitos marcaban sus huellas en todo el cuarto y, desde entonces, mi vida fue un tormento.

Mi mamá, en medio de su dolor, estaba muy preocupada por mí. Me daba todas sus atenciones, para ayudarme a sanar esa cicatriz que me atormentaba a cada paso. El primer regalo que me dio fue un cuarto propio, para que durmiera sola. Ella me compraba muchos juguetes, eran tantos que no cabían en mi cama, pero nada me hacía sentir bien, nada curaba mi dolor.

Pasó el tiempo y un día soleado fuimos de paseo con mi madre. Mientras caminábamos por las calles de El Coca, en un almacén, vi una muñeca muy hermosa, que era de mi porte, y me enamoré de aquel juguete. Con palabras lindas, convencí a mi mamá de que me la comprara. En la casa, le saqué la ropa y le puse la mía, pero nunca me imaginé lo que pasaría.

Mis hermanos estaban de vacaciones, entonces la casa se sentía sola. La noche tenía una gran luna y tuve muchas pesadillas. Soñé que mi muñeca movía los ojos, caminaba y se acercaba a mí para morderme y desperté… Los rayos de luna entraban por las rendijas



y alumbraban a mi muñeca y, de repente, vi que movía sus ojos y se levantaba. Quería gritar muy fuerte, pero no podía. Solo me arropé hasta la cabeza y cerré los ojos hasta que amaneció. ¡Qué alegría sentí cuando vi el Sol!

Al poco tiempo, decidí esconder mi muñeca, pero por la noche empezó mi tormento. Oí ruidos extraños que me despertaron, eran voces en mis oídos. Grité, pero nadie me escuchó. Era una noche lluviosa y oscura, me levanté para prender la luz, pero no conseguí encontrar la puerta, era como si estuviera en una caja negra. Regresé a mi cama y me quedé dormida. Al día siguiente, le conté a mamá lo que me había pasado, pero se lo tomó a chiste y no me creyó. Sin embargo, mi padrastro le dijo que es importante creer a los niños.

Una noche, mientras dormía, se prendió la luz de mi cuarto. Vi a una señora grande y gorda, que sacó un cuchillo y me preguntó

dónde estaba mi mamá. Yo respondí que en su cuarto durmiendo. Ella fue hasta donde mi mamá y pretendía ser su amiga. Fue hacia la cocina e hizo la cena, pero yo pude observar cómo ponía algo en la sopa de mi madre, así que reaccioné y grité, para salvarla de un fatal destino. De repente, estaba en mi cuarto, sentada en mi cama, con mi mamá y mi padrastro. Ellos me preguntaban qué me pasaba: había sido solo un sueño.

Las noches se convirtieron en pesadillas. Una madrugada me desperté en la hamaca y pensé que me había quedado dormida allí. Pero, al amanecer, ya estaba arropada en mi cama.

—¿Anoche me quedé dormida en la hamaca y me llevaron a la cama? —le pregunté a mi mamá.

—No, te quedaste dormida en el cuarto —respondió.

Yo estaba impactada, no entendía qué hacía en la hamaca, cómo había llegado hasta allí.

Las pesadillas continuaron. Un día soñé que estaba con mi mamá en la tienda y llegaba un viento que me llevaba. Me chocaba contra árboles y no podía detenerme, hasta que caía en una casa abandonada. Allí me esperaban una mujer con cachos y muchos hombres; yo no podía ver sus rostros.

Al poco tiempo, nos fuimos a vivir en una finca y yo me sentía mejor. Una noche me desperté, porque mi padrastro estaba buscando ropa en el clóset con una linterna. Pensé que, tal vez, mi hermana se había enfermado. En ese momento, sentí que alguien me arropaba con la cobija y se acostaba al lado mío...

Al día siguiente, estábamos con mis hermanas Maholy y Katyosa jugando debajo de un árbol muy bonito. Yo vi a mi perro negro a lo lejos y me sorprendió, porque él se había quedado en la casa durmiendo, así que fui a cogerlo. Lo estaba acariciando y le dije a Maholy:

—Mira quién está aquí, ¡el Oso!, que se ha escapado.

—Estás con una voz rarísima. —Y me miró con una cara de espanto—. Estás loca, no estás con el Oso.

Miré mis brazos y no tenía nada; no sabía qué había estado acariciando.

Hace mucho tiempo que no me pasan cosas como estas. Ahora soy una adolescente normal, que comparte y juega con sus amigos. Por fin, ya no siento miedo a la oscuridad. El temor se ha ido desde que voy a la iglesia. Me siento segura para continuar mi vida, porque Dios está conmigo a cada paso.




**VIVIAN LIZBETH LAYEDRA** nació en Riobamba-Quimiag, Chimborazo, en 2001. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Puruhá. Su actividad favorita es escuchar música.

# La madre del monte

La madre del monte siempre perseguía a los viajantes en altas horas de la noche. Se trepaba a los jinetes en las ancas del caballo, sin que el dueño lo notara. El silencio de la noche acompañaba su presencia; en silencio sepulcral, como un humo, se hacía presente.

Cuando el jinete se daba cuenta, el susto era enorme. «¡Ahhhhh!», gritaba el pobre, que hasta el alma se le salía tras horrenda aparición. Un aire temeroso subía por la espalda de los jinetes y les daba escalofríos. Esta aparición en forma de mujer



sorprendía a los viajantes cada vez que llegaban a su camino. El pobre hombre que se topara con ella en su viaje nunca olvidaría lo sucedido y le quedaría grabado en la memoria.

La madre del monte esperaba al viajante en la parte alta y montañosa del camino o arriba de un árbol. Algunas veces se presentaba en forma sorpresiva para espantar al animal galopante y, así, el jinete quedaba en el aire y caía de forma brutal a la tierra golpeándose.

Muchos amigos, cuando se reunían a celebrar en aquel recinto olvidado de Dios, sufrían de ese espanto. Aunque conocían de la leyenda, no hacían caso. Así sucedió un día en el que un grupo de hombres festejaba. Cuando llegó el momento en el que se había acabado el licor, uno de ellos fue a buscar más. Subió por la loma y allí lo esperaba el fantasma pacientemente. Entonces, se le apareció sin esperar. Con inseguridad, el borracho le preguntó:

“¿Quién eres tú?” y la mujer le respondió: ”La madre, ¡soy tu compañera!”. Confundido, el hombre le propuso que se subiera a su caballo, pero el animal no quería y estaba asustado. Entonces, el hombre cayó y quedó tendido en el piso. Después de mucho esperar, los amigos fueron a verlo y lo encontraron golpeado. Entonces les contó que había visto a la madre del monte. Desde entonces, los hombres ya no se amanecían tomando, para que no se apareciera la madre del monte.

**MARLON ALEXANDER PLAZA** nació en Marcelino Maridueña, Guayas, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Naranjito. Su actividad favorita es escuchar música.

# Sueños de septiembre

Como cualquier día, me desperté en esta mañana de septiembre con un recuerdo ambiguo en mi mente, con imágenes que no sé interpretar, hasta cuando de verdad les preste atención, pues debo darme prisa para llegar al colegio o, acaso, ¿querré quedarme fuera de él? —pienso—.

He pasado la mañana entera sin atender a clases, porque los recuerdos del sueño de anoche aún me siguen: una luz azul que

cubre mis ojos, algunas personas alrededor hablando —aunque no entiendo sobre qué—, una sensación de desesperación y el deseo de pronunciar alguna palabra, pero no lo logro. No pude ahondar más en el sueño, pues mamá me despertó como siempre en las mañanas.

En el recreo, le comenté a una amiga sobre el sueño y ella me respondió en broma: "De seguro, te vas a morir". Al principio sonreí, pero luego le pedí que fuera seria, porque realmente quería buscarle el sentido. En mí era, es algo casi normal este tipo de sueños, los he tenido en los últimos años: acciones enigmáticas, elementos escondidos o poco comprensibles, apariciones espectrales, en fin, rarezas desconcertantes.

Mi amiga me dio algunos datos que hablan de los sueños, sobre cómo interpretarlos de manera correcta o de las acciones específicas que tienen significados concretos. Yo, hace algún tiempo, también había investigado sobre este tema y pude comprender lo que me decían. A pesar de varias especulaciones que hicimos, le confesé que me sentía muy inquieto, porque ese tipo de sueños tenían algún tiempo sin presentárseme y siempre que lo hacían, de seguro, algo extraño o malo pasaba. Luego de unos minutos, el recreo terminó y me dirigí a mi aula, aún algo intranquilo por la conversación, pero quise olvidarlo por un momento y relajarme. Desde luego que lo hice.

Después de un día casi normal de clases, regresé a casa y, como de costumbre, almorcé y hablé con mis padres sobre cómo había ido y de las cosas típicas. En medio de la conversación, topé el tema del sueño que había tenido en la noche. Y recordé que mi padre me había contado que, hace mucho tiempo, cuando él tenía más o menos mi edad, le solía suceder lo mismo. Él también tenía sueños que al final terminaban siendo algo reales, pero a él no le preocupaban o al menos no eran como los míos, raros, a eso me



refiero. Por otro lado, mamá también había experimentado algo así hace ya algún tiempo, pero tampoco había pasado a mayores. Me dijo: “Simplemente, ora por las noches antes de dormir”. Eso ya me lo había dicho antes, cuando comencé a relatarle de lo que me sucedía. No debo negar que en aquel entonces funcionó bien, no sé si fue cuestión de fe o alguna otra razón, pero funcionó, y con eso me bastaba.

Sin embargo, de forma íntima creo que todo es psicológico, a pesar de que he escuchado de los mayores que esas cosas se relacionan con lo religioso y las malas energías, son argumentos que no hacen más que asustar a las personas, en vez de servir de apoyo. Es verdad que, a veces, lo que me ocurre sobrepasa lo lógico y de por sí llama demasiado la atención y resulta inexplicable, como muchos de los casos que pasean por internet. Pero qué hago con algo así, de qué me sirve si no encuentro la forma de

darle sentido a esto que lleva tiempo conmigo… Es una especie de visitante temporal.

Cuando algo malo se avecina, dormir para mí no es la mejor opción. Ver imágenes que divagan por mi mente a la mañana siguiente, con la preocupación de querer entender la enredadera o contárselo a alguien de confianza, pero igual sin entender, sigue siendo como dar vueltas en círculos. Inicio en un punto, sigo con la rutina y las mismas cuestiones de siempre, pero regreso al mismo punto de partida. ¿Qué más da? A la final, uno se acostumbra a las anormalidades del cuerpo humano. Tenemos una naturaleza incomprensible, que se forma de nuestras propias acciones, pensamientos e ideas. O al menos eso creo saber.

Pasan los días y no he vuelto a tener ningún sueño que se conecte con el de aquella noche. Eso me sorprende, porque los sueños con la misma temática suelen ser seguidos. Y me sigo preguntando qué significa todo esto, los sueños no son siempre directos, es decir, no le sucede algo malo directamente a quien los ha tenido. Al menos en mi caso no, ese es el mayor enigma… Se presentan de manera extraña, tengo que examinarlos detalladamente y encontrar un elemento clave que me ayude a descifrar sobre quién se tratan. Quisiera que todo sea simple y rápido, pero no, a veces la conciencia humana también requiere de un esfuerzo para comprender lo que pasa, no todo es claro como el agua. Y si así fuese, no quisiera que siempre simbolice un mal contexto.

Aún recuerdo que, una vez, alguien me dijo que no los asocie con situaciones negativas. Pero ¿cómo sería capaz de hacer eso? ¿Habrá alguna forma de que si estás desesperado o necesitas ayuda en un sueño no signifique literalmente algo malo? ¿Será acaso mi percepción negativa lo que me lleva a esto? O simplemente es mi mente, mis interpretaciones o una coincidencia con lo que ha de

pasar en la vida real. Eso sí me ha venido a la mente para darle explicación a esto, que a simple vista parece normal, pero hasta qué punto si es tan sensorial lo que veo mientras duermo.

No quiero complicarme más, porque cuando algo malo te sigue —que puede ser el caso—, puedes recurrir a lo que los mayores llaman limpia espiritual; por cierto, hace tiempo que no me someto a una. Por los antecedentes raros en mi vida, hasta cierto grado las cosas como estas —incluso, peores— no logran sorprenderme, pero sí inquietarme.

Desde que soy un niño, ese tipo de misterios y rarezas han llamado mi atención. Me fascinaban los relatos de mis abuelos sobre apariciones o sucesos extraños que experimentaba la gente en el campo, en donde no había servicio eléctrico como ahora —en las noches, cualquier cosa posiblemente emergía de las sombras para asustarlos— o esos cuentos que iban de boca en boca sin saberse si eran verdaderos.

Quizá, todo eso ha influido en mí, además de mi propia curiosidad que me arrastra a situaciones extrañas, incluso, ahora. Realmente, esa es la causa de todo desde mi perspectiva, aunque no lo había reflexionado hasta ahora que estoy escribiendo. Entonces, siento una especie de júbilo al comprender la situación, aunque todavía me parece contundente lo que la vida trae con respecto a lo que crees. Me sorprende cómo todo lo que vivimos se conjuga perfectamente en las casualidades que se presentan en nuestro camino, sin importar si son fieles a nuestras visiones o si son lo que deberían. Todo es cuestión de lo que nuestra mente se ponga delante y no de lo que los demás digan.

En fin, mis creencias y vivencias me han marcado de forma subconsciente, de verdad, lo han hecho. Me parecía raro y enigmático lo sucedido, pero he encontrado la forma de

entenderlo. Reflexionar la situación desde sus antecedentes es lo esencial y no divagar sobre terrenos poco comprensibles. Ya no me asusta lo que sucede, hasta cierto punto, está bien salir de la rutina con algo desconcertante.

Y, así, me quedo pensando si esto seguirá...

**KEVIN ALEXANDER MORALES** nació en Atuntaqui, Imbabura, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Abelardo Moncayo. Su actividad favorita es jugar baloncesto.

# El ente paralizante

Esta amarga anécdota la viví hace mucho. Trata de un plácido sueño que se transforma en una horrible pesadilla, acompañada de un inmenso miedo y una profunda desesperación.

Parecía un sueño como cualquier otro, pero, de pronto, tuve un mal presentimiento y preferí no darle importancia. Recuerdo que caminaba mientras el sueño se inundaba de voces y susurros, que yo no entendía. Cuando escuché unos gritos desgarradores, me di cuenta de que todo era un sueño, pero a pesar de saberlo, no podía despertar. Sentía una presencia, la veía a lo lejos, hasta hoy la



recuerdo. Era una silueta fornida, tenía ojos grandes y amarillentos con mirada inexpresiva, dos cuernos grandes y puntiagudos, y una incandescente aura roja que la rodeaba. Al ver a este ser, no pude más que correr, pero cada vez se acercaba más. Me escondí y el lugar quedó en un silencio absoluto, bajo una oscuridad trémula. Sentí mi cuerpo entumecido, mi pecho sofocado, se escapaba mi aliento… Sabía que debía moverme, debía hacerlo, pero me era imposible. Tenía una fuerte presión en mi pecho; a medida que se acercaba a mí, las voces cada vez se escuchaban más alto.

Debía pensar y sacar fuerzas para moverme. Finalmente, logré mover uno solo de mis dedos y esto me hizo recobrar algo de conciencia. El aliento regresó a mí; poco a poco, mi cuerpo se sentía mejor. Al abrir los ojos, sentí una paz absoluta e indescriptible, tanto dentro de mí como en el ambiente que me rodeaba.

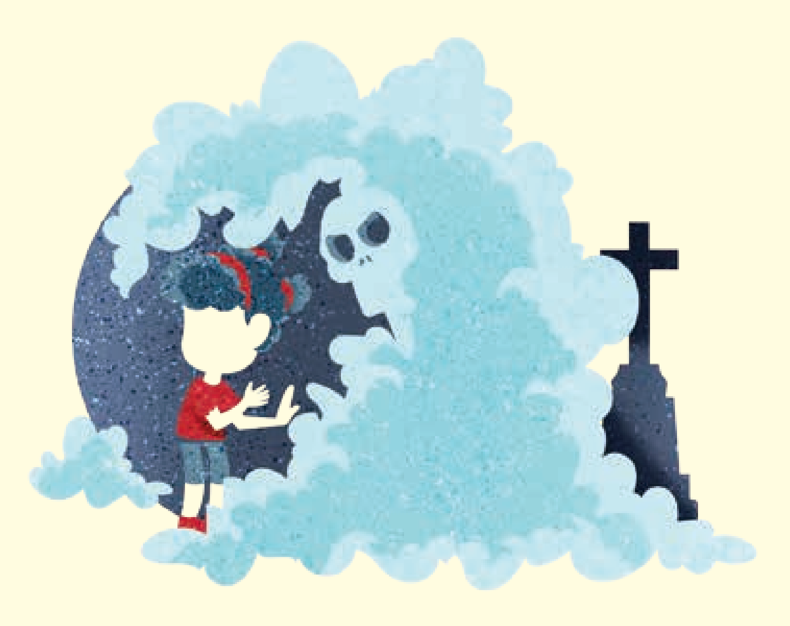
Después de aquella experiencia, supe que ese ser estaba relacionado con el ocultismo, lo misterioso, lo etéreo. Nunca más me ha vuelto a suceder algo similar, aunque en ocasiones todavía lo recuerdo.

**GRACIELA SUSANA MORANTE**
nació en Chone, Manabí, en 1960. Actualmente es ama de casa. Su nieta Anahí Delgado estudia en la Unidad Educativa El Chaco.

# La tierra de las tumbas

Yo vivía en Chone, Manabí, con mi madre, Carmen Zambrano, mi padre, Víctor Morante, y con mis nueve hermanos, entre quienes soy la antepenúltima; mi pueblo era humilde y muy tranquilo. Los mayores de mi época contaban muchas leyendas que a todos los niños nos asustaban porque creíamos que eran reales. Me siento orgullosa de haber sido criada en un lugar maravilloso, con hermosas personas trabajadoras, con playas



increíbles, sus cantos alegres y platos típicos que solo en mi tierra se pueden degustar, con esa sazón que llevamos los costeños en la sangre.

Considero que mi época fue una de las mejores: nos divertíamos sananamente, sin depender de videojuegos, internet, redes sociales, teléfonos, entre muchas cosas más que en la actualidad han cambiado. Los jóvenes eran más respetuosos, más sencillos, humildes, honrados, y sobre todo inocentes; a diferencia de estos tiempos, en que se ven esclavos de las drogas, realizan acciones en contra de la moral, y resultan perjudicados ellos mismos y, por consecuencia, sus familias.

Un momento triste de mi vida fue cuando mi madre falleció. Yo apenas tenía ocho años y quedé al cuidado de mi padre y de mis hermanos mayores. Fue una etapa muy difícil, y entendí lo que se decía en mi pueblo: "Madre hay una; y como ella, ninguna".

Me hicieron mucha falta su cariño, su afecto, su cuidado y sus consejos. Para dejar de lado esta desgarradora historia, tuve que seguir adelante confiando en Dios y en lo que él tenía preparado para mí.

Así me ocurrió la historia que contaré a continuación, algo que viví dentro de mi hogar con mi hermana Rosa Morante, cuando ella tenía doce años.

Al frente de la casa en que vivíamos estaba el cementerio llamado Espíritu Santo. Cuando era la cosecha de mango, acostumbrábamos que el primero en levantarse en la mañana se fuera a recoger los frutos caídos, que serían exclusivamente para él. El 30 de octubre de 1975, mi hermana Rosa fue la primera en levantarse e ir al cementerio, donde estaba el árbol de mango con los frutos más dulces y deliciosos del sector. Mi primo Pedro Morante, que vivía a una cuadra y se encontraba cerca, vio que mi hermana estaba recogiendo los mangos, y le lanzó un puñado de tierra de la tumba más cercana a él, con el solo fin de hacerle asustar.

Esta acción bastó para que mi hermana se viera afectada con una horrible maldición. Desde ese momento ella comenzó a tener visiones: sentía que la seguían personas, que la llamaban; se levantaba en las noches gritando del susto y estuvo a punto de morir: no comía, no dormía por las noches…

Mi padre trató de conseguir ayuda médica urgentemente para solucionar el problema de mi hermana, pero no tuvo ningún resultado. Más bien, si tomaba medicamentos se perturbaba más. Los doctores llegaron a la conclusión de que no se trataba de una enfermedad física, sino de un desorden psicológico.

Una comadre le dijo a mi papá que eso era maldición, debido a que la tierra de las tumbas hacía que las personas murieran, pero

con una muerte muy lenta y desesperante. La comadre le sugirió que la hiciera ver con un brujo. Cuando finalmente fue atendida, el brujo le dio varios consejos: bañarse con orina, darse siete vueltas alrededor de los horcones de la casa antes de las seis de la tarde durante siete días, tomar agua de valeriana y de carmelita, y además le estaba rotundamente prohibido tener emociones y sustos.

Siguiendo al pie de la letra lo que había recomendado el brujo, después de dos meses mi hermana se sanó. Pero esta horrible historia quedó marcada en mi vida de tal modo que hasta a mi edad actual, cincuenta y siete años, aún la tengo en mi mente. Mi hermana ahora tiene sesenta y tres años, vive muy feliz con su esposo y sus tres hijos, y cuenta su historia como una anécdota que no le deseara ni a su peor enemigo.

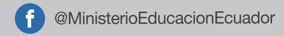
Esta es una de las tantas historias que he vivido durante mis años, vivencias que nos han ayudado a ser más fuertes y a darnos cuenta de que cuando somos jóvenes no medimos las consecuencias de nuestros actos; que somos capaces de perjudicar a otras personas aunque no tengamos la intención de dañarlas.

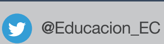
Aquella historia también nos habla sobre las creencias y costumbres de cada pueblo; quizás si mi hermana hubiera nacido en otra región no hubiese sido necesario un brujo sino un chamán, como los hay en la Amazonía; o si era de la Sierra, en vez de tomar agua de valeriana habría sido suficiente un agua de hojas amargas exclusivas de la zona andina.

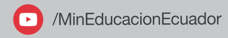
Ecuador es un lugar pluricultural, donde cada pueblo tiene sus propias culturas y tradiciones, que vienen pasándose de generación en generación. Perduran en nuestras memorias y, así mismo, las inculcamos a nuestros hijos, nietos y bisnietos… si se nos diera la oportunidad.

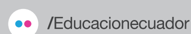



Al leer este libro sentirás una de las emociones humanas más intensas: el terror. Demonios, espíritus, fantasmas, pesadillas, casas embrujadas y la muerte pueblan sus páginas. Todas estas narraciones forman parte de "Nuestras propias historias"; te invitamos a leerlas, quizás alguna coincida con la tuya.















**Dirección:** Av. Amazonas N34-451 y Atahualpa Quito-Ecuador
**Teléfono:** 593-2-396-1300 / 1400 / 1500 **Código Postal:** 170507
**www.educacion.gob.ec**